

SÍNODO

La Palabra de Dios
en
la Iglesia

Aportes desde América Latina

CONTENIDO

• Palabra de Dios Revelada	3
• La Biblia como Palabra Humana	5
• Escuchar a Dios en la Biblia	6
• Biblia y Tradición	9
• Palabra de Dios Inspirada	11
• ¿Hay errores en la Biblia?	13
• Géneros Literarios en la Biblia	15
• Dificultades al Leer la Biblia	17
• Desviaciones al leer la Biblia	20
• Biblia y Magisterio	22
• Los creyentes y la Biblia	24
• Cómo leer la Biblia	28
• Pastoral Bíblica	31
• Dios se revela en su Palabra	35
• Jesús es la clave de la Biblia	37
• Interpretación liberadora de la Biblia	38
• La Biblia y el Misterio de Cristo (I.L. Nº II) Primera parte	41
• El misterio de Cristo en la Biblia (I.L. Nº II) Segunda parte	43
• El Jesús histórico: criterio de lectura bíblica	46
• Biblia, Magisterio y Tradición	48
• La lectura popular de la Biblia	56
• La Lectio Divina	59
• La lectura personal y comunitaria de la Biblia	63
• Notas	66

Palabra de Dios Revelada

“Al revelarse a sí mismo, Dios quiere hacer a los hombres capaces de responderle, de conocerle y de amarle más allá de lo que ellos serían capaces por sus propias fuerzas” (CAT 52; cf 51).

Dios “como amigo se entretiene con nosotros para invitarnos a la comunión con Él y recibirnos en ella” (DV 2). Lo que Dios quiere no es sólo hablarnos de un conjunto de doctrinas y verdades, sino hacer amistad con nosotros, introducirnos en su misma vida, hacernos participar de su amor; quiere compartir con nosotros su proyecto de amor y de vida (cf CAT 52).

Esta iniciativa de Dios se realiza y se expresa con un lenguaje hecho de acontecimientos y de palabras (cf CAT 53). Los hechos y acontecimientos pueden ser interpretados mal. De otro lado, interpretar es posibilitar la comunicación entre dos personas que quieren dialogar. Interpretar es hacer que la palabra de una persona sea traducida en el idioma de la otra, que un acontecimiento sea entendido, leído, según la intención de los que en él actúan.

De un acontecimiento podemos dar interpretaciones distintas, percibir significados distintos. Los hechos son ambiguos: es necesaria una palabra que los interprete, revelando su sentido verdadero.

Es Dios mismo quien nos hace llegar una palabra de explicación (revelación) de manera que podamos detectar su proyecto dentro de los acontecimientos de nuestra historia de ayer y de hoy, para que podamos entender con suficiente claridad los signos de su amor en la historia (cf CAT 66, 67).

Acontecimientos, hechos y palabras están profundamente conectados: en el idioma hebreo se usa un término que indica palabra y obra: “*dabar*”. La Palabra de Dios es una sola cosa con su acción: es siempre eficaz, realiza lo que dice.

Es un concepto de “palabra” muy lejano del nuestro: para nosotros la palabra es la traducción verbal de una idea; para la Biblia indica algo que se realiza, y esto porque Dios lo dice.

La revelación de este proyecto de amor pide al hombre una respuesta en lo personal, en lo comunitario y en lo social. Esta respuesta la vamos elaborando aquí y ahora en nuestro quehacer cotidiano, en nuestra historia (cf CAT 54-64).

Frente al proyecto de Dios, proyecto de fraternidad y de justicia, nos encontramos con la realidad de pecado en la vida personal y en la misma estructura social. La revelación de Dios se hace compromiso para un cambio personal y social (salvación, liberación) hoy.

Jesús es el centro, la plenitud, el objetivo final de la revelación de Dios: una vez más es la Palabra de Dios que se hace acontecimiento, se hace historia, se hace hombre-Dios (cf CAT 65, 75).

No puede, por eso, haber ninguna revelación suplementaria más allá de Cristo. Con la muerte de los apóstoles, testigos de la resurrección de Jesús, termina la revelación constitutiva (cf CAT 66).

La experiencia descrita en el Antiguo y el Nuevo Testamento se convierte en experiencia modelo: en ella descubrimos cómo Dios está presente y se revela en la historia de todos los pueblos: ella nos revela a las claras el proyecto de Dios, su voluntad acerca de la salvación de los hombres (cf DV 6).

Si bien el acontecimiento-Cristo se realizó una vez por todas, en un determinado momento de la historia, también es cierto que este acontecimiento sigue presente a lo largo de la historia de los hombres. Por esto podemos hablar del carácter dinámico de la revelación.

Dios nos quiere ayudar, por medio de la Iglesia, a discernir su acción en nuestra historia, porque Él sigue manifestándose en las diferentes culturas, en los acontecimientos y en las exigencias y aspiraciones de los hombres, especialmente de los pobres (cf CAT 74).

Viviendo nuestra historia a la luz de la revelación podemos expresar nuestra única fe de forma tal que la verdad revelada sea cada vez mejor percibida, mejor entendida y mejor expresada.

La palabra reveladora de Dios ilumina e interpreta los acontecimientos, los problemas existenciales e históricos y hace de ellos una lectura creyente a la luz del proyecto salvífico de Dios y nos compromete activamente en la construcción de su reino de fraternidad, de justicia y de amor.

La Biblia como Palabra Humana

Nuestro pueblo tiene hambre de la Palabra de Dios. Desde que la Biblia está en sus manos, algo nuevo está brotando en el corazón del pueblo ecuatoriano. La fe y la realidad se han puesto en contacto con la Biblia; y ello ha abierto nuevos horizontes insospechados de esperanza. La Biblia es ya para muchas personas y muchas comunidades la Buena Noticia que les llena de alegría dando razón de ser a sus vidas.

Pero la Biblia no es un libro fácil. Después de los primeros entusiasmos, si no se va adquiriendo una formación bíblica progresiva y profunda, se cae en la decepción o en el fanatismo. Estas dos "enfermedades" han quemado a mucha gente. Y cuando alguien está "quemado", es muy difícil hacerle volver al buen camino. Por ello cada vez hay más cristianos que piden con insistencia que se les ayude a conocer mejor la Biblia.

La Biblia es como un monte, o selva grande, en el que se esconden muchos tesoros. El que se adentra sin guía en la espesura del monte probablemente se perderá, no sabrá por dónde salir y no encontrará nada de provecho. Para aprender a encontrar los tesoros bíblicos, es necesaria la ayuda de personas que conozcan bien la Biblia y al pueblo. Su ayuda es cada vez más urgente.

Al pueblo generalmente le sucede lo que le pasó a aquel etíope de los Hechos de los Apóstoles. Tiene la mejor voluntad del mundo, para recibir el mensaje de Dios; pero muchas veces no hay quién se lo explique (cf Hch 8,26-39). La corteza del coco es dura; pero dentro de ese cascarón tan duro se oculta agua fresca y sabrosa que mata la sed del peregrino cansado. Así es la Palabra de Dios. Pero hay que aprender a abrirla y sacarle toda su frescura reconfortante.

Escuchar a Dios en la Biblia

Para usar bien la Biblia no basta solamente el estudio del texto. Son tres las fuerzas que hay que unir para que la Biblia llegue a ser para nosotros Palabra de Dios: la fuerza de la realidad de la vida, la fuerza de la fe de la comunidad y la fuerza de la ciencia bíblica actual (exégesis). Vida, ciencia y fe; pueblo, exégesis e Iglesia. Tres fuerzas en continua tensión; cada una de las cuales da su contribución al uso correcto de la Biblia en la Iglesia. No se trata sólo de ideas, sino de verdaderas fuerzas históricas.

La realidad de la vida (el pre-texto)

Se trata de la realidad que nos ha tocado vivir y que nos cuestiona: de la situación religiosa, familiar, cultural, social, económica, política. Se trata de nuestro pueblo, tal y como es. Todo ello forma el “pre-texto”, es decir, todo lo que pre-existe en nosotros, incluso antes de entrar en contacto con el texto de la Biblia, y que nos lleva a buscar en éste un sentido para la vida.

Dios nos habla desde la realidad de la vida y de la historia y desde esta realidad, hambrienta de justicia y fraternidad, nos empuja a buscar en la Biblia la luz que le dé sentido y fuerza para enfrentarla y transformarla. La Biblia fue escrita para ayudarnos a entender mejor el sentido de la vida y percibir la presencia de la Palabra de Dios dentro de nuestra realidad.

Al hablar de la realidad de la vida, no nos referimos solamente a la realidad particular de cada persona, sino a la de todo el mundo, especialmente a la realidad de los pobres. El lugar donde Dios prefiere que esté la Biblia es junto a los “pequeños”, aunque abierta a todos. A la Biblia hay que leerla con la actitud de aquellos para quienes fue preferentemente escrita, los sencillos, los pequeños y los pobres. Este es lugar teológico de interpretación. En caso contrario, desvirtuamos su sentido, como veremos más adelante.

Cuando la Biblia está sólo junto a los que enseñan, mandan y pagan, los confirma en el saber con que enseñan, en el poder con que mandan y en la posesión del dinero con que pagan. Ahora la Biblia está entrando en la vida de los que son enseñados, mandados y pagados; y éstos están descubriendo que no es la Biblia la que confirma a nadie en su saber, poder y riqueza, sino en el saber de Dios, Padre de todos.

La gran noticia de nuestro tiempo es que el pueblo está aprendiendo a mirar la vida con la Biblia en los ojos y a mirar la Biblia con la vida en los ojos. Este fue motivo de gozo muy especial para Jesús: ¡Los pequeños entienden el mensaje! (cf Mt 11,25).

La fe de la comunidad (el con-texto)

Ya hemos hablado de este tema, al referirnos a la luz de la fe, y al “sentido espiritual”. Nos referimos a esa visión propia con la que los cristianos se acercan a la Biblia, buscando en ella un diálogo directo con Dios; a esa fe de la comunidad que recibe y lee la Biblia como libro propio y que funciona como “contexto” en la lectura del texto. Se trata del Espíritu de Dios, que quita el velo de los ojos, dándole vida a la letra escrita y, a través de ella, un sentido nuevo a su pueblo. Este punto es básico. Es como la caja de resonancia de una guitarra; sin ella las cuerdas de las palabras bíblicas no producen la música de Dios en el corazón del lector.

La Biblia nació dentro de una comunidad de fe. Por ello, sólo con la mirada de fe de la comunidad puede ser captado y entendido plenamente su mensaje. Incluso al leer la Biblia uno solo, se debe tener presente que se está leyendo el libro de la comunidad. La Biblia debe ser interpretada, pues, de acuerdo con el sentido que le da la comunidad de comunidades que es la Iglesia, guiada por sus Pastores.

El fin de la lectura y estudio de la Biblia no puede ser otro que descubrir la Palabra viva de Dios dentro de cada uno de nosotros y dentro de nuestra comunidad y de nuestro pueblo. Y ello sólo se consigue por medio de la acción del Espíritu Santo. El Espíritu de Jesús debe tener la oportunidad de hablarnos, cuando leemos la Biblia. Por eso, además del estudio y del intercambio de ideas y de experiencias, debe haber momentos de silencio y de oración, de canto y de celebración, de penitencia y de propósitos.

El estudio de la Biblia en sí (el texto)

Hablamos de ello al tratar de los géneros literarios. La Biblia se debe estudiar con seriedad. Su interpretación no puede quedar a merced del capricho de cada uno; pues es mucho lo que esperamos de ella: nada menos que conocer a Dios y su voluntad sobre nosotros. ¡Esto es muy serio!

Cuando uno conversa con una persona, debe tomar sus palabras en el sentido que son tomadas por él. Yo no puedo colocar mis ideas dentro de las palabras del otro, cambiándole así su significado. De igual modo, no podemos sacar del texto bíblico ningún sentido distinto al que está en el mismo texto.

El pueblo de las comunidades está avanzando vigorosamente en su método de interpretación bíblica. Las ciencias bíblicas también avanzan a grandes pasos. Ya hemos dicho que es necesario que los dos rieles vayan paralelos en la misma dirección. El método de la exégesis moderna tiene que ayudar a completar el método del pueblo; tiene que ponerse a su servicio. No bastan la experiencia y la fe ciegas; hay que organizarlas con la razón.

Esto no quiere decir que el pueblo tenga que meterse a hacer estudios largos y complicados de la Biblia. Pero sí hemos de tener siempre la preocupación de entenderla lo más fielmente posible. Para ello hay que usar con honradez no sólo la inteligencia, sino también el corazón y la imaginación. Preguntarse siempre quién habla y a quién, qué está queriendo decir y por qué; qué género literario está usando para ello. Muy útil será también conocer la época histórica en que se escribió cada libro de la Biblia, qué problemas, costumbres y creencias había en ese momento.

Para comenzar a entrar en el estudio de la Biblia, están al alcance de todos en las Biblias católicas las introducciones de cada libro, las notas al pie de página, las referencias a otros textos bíblicos, los mapas y los vocabularios o índices. Si nunca usamos estas ayudas básicas, señal de que nos interesa poco conocer el sentido original del texto. Para seguir profundizando en el mensaje de la Biblia, es necesario acercarse cada vez con más insistencia a libros y a cursos adaptados al caminar de cada uno.

Conclusión

Interpretar la Palabra de Dios no depende sólo de la exégesis, de la competencia científica del exégeta; ni solamente de la fe, ni sólo de la vida, o de una convivencia más intensa con el pueblo. Depende de la integración de estas tres fuerzas: de la integración de la exégesis y de la fe, puestas ambas al servicio de la vida, esa vida que Dios ha creado y ha salvado en Jesucristo. No es posible separar estas tres fuerzas sin desvirtuar el uso correcto de la

Biblia y sin impedir la manifestación de la fuerza liberadora de la Palabra de Dios. Sin el horizonte del Espíritu y sin el horizonte de la realidad de la vida del pueblo, el texto de la Biblia es letra muerta en el papel.

La clave del problema está en conseguir que la comunidad de fe (contexto) y la realidad de vida (pre-texto) vuelvan a ocupar de nuevo "su" lugar dentro del conjunto de la interpretación de la Biblia. Para ello es necesario que el estudio del texto se integre dentro de la vida de la fe de la comunidad y dentro de la realidad vivida por el pueblo.

Biblia y Tradición

"Dios «quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (I Tm 2,4), es decir, al conocimiento de Cristo Jesús (cf Jn 14,6). Es preciso, pues, que Cristo sea anunciado a todos los pueblos y a todos los hombres y que así la Revelación llegue hasta los confines del mundo" (CAT 74).

El diálogo entre Dios y el hombre ha tenido un origen y un desarrollo en el tiempo: iniciado en Adán culminó en Jesús y sus Apóstoles. Pero no podía quedarse reducido a un tiempo y a un lugar. La Palabra de Dios no podía ser propiedad privada de una comunidad o de una persona: Dios quiere que su mensaje llegue a todas las gentes y a todas las generaciones; con todos quiere establecer una alianza de amor (cf CAT 54-67).

Este compromiso de transmitir la revelación de Dios a todos los hombres de todos los tiempos es lo que llamamos "Tradición". La Palabra de Dios, la revelación ha sido transmitida de dos formas: por medio de la Tradición oral y por medio de la Sagrada Escritura (cf CAT 76, 77).

La Tradición oral precedió a la Escritura en unos decenios por lo que se refiere a los Evangelios y en algunos siglos en relación a los acontecimientos del Éxodo (cf CAT 78).

El texto de la Biblia nació dentro de la tradición viva de la fe del pueblo de Israel (AT) y de la comunidad cristiana (NT) y es cargado por la Tradición como un barco por el río (cf CAT 80).

La Escritura nos conserva la letra de la Palabra de Dios, pero puede correr el riesgo de quedarse en letra muerta. La Tradición prolonga hasta nosotros el contexto comunitario donde fue acogida la Palabra de Dios. La Tradición es necesaria para leer la Escritura y entender su significado verdadero y profundo (cf CAT 81).

La Escritura mantiene íntegra entre nosotros la Palabra de Dios, y la Tradición nos ayuda a entenderla mejor, a hacerla actual: por medio de la Tradición, o sea de la vida de la Iglesia, la Biblia se hace Palabra de Dios para nosotros hoy, palabra que nos revela el amor de Dios, nos hace ver su proyecto en nuestra historia y nos compromete a vivirlo luchando contra todo lo que es contrario a él (cf CAT 82).

La Tradición no es un conjunto inmóvil de verdades, sino una vida que se prolonga en la Iglesia y que está abierta a un desarrollo continuo con la asistencia del Espíritu Santo, la cual se manifiesta en la guía de los Pastores (Papa y Obispos): es la transmisión de la revelación por medio del ministerio de la Iglesia (cf CAT 84).

El Espíritu impide a la Tradición quedarse en palabra sin vida y con ella nos ayuda a penetrar en el significado de la Palabra escrita en tiempos y situaciones nuevos y distintos.

El Espíritu Santo nos guía a comprender rectamente, en un crecimiento constante, las palabras y los hechos con que Dios se ha revelado: esto se hace posible sea por la reflexión y el estudio de los creyentes, sea por la experiencia espiritual comunitaria, sea, sobre todo, por la enseñanza de quienes han recibido como sucesores de los Apóstoles, el carisma de la verdad (cf DV 8; CAT 85-88, 94).

“La Tradición, la Escritura y el Magisterio de la Iglesia, según el plan prudente de Dios, están unidos y ligados, de modo que ninguno puede subsistir sin los otros; los tres, cada uno según su carácter, y bajo la acción del único Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la salvación de las almas” (DV 10,3; CAT 95).

Palabra de Dios Inspirada

“En la Sagrada Escritura, la Iglesia encuentra sin cesar su alimento y su fuerza (cf DV 24), porque, en ella, no recibe solamente una palabra humana, sino lo que es realmente: la Palabra de Dios (cf I Ts 2,13). «En los libros sagrados, el Padre que está en el cielo sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos» (DV 21)” (CAT 104).

Dios ha revelado al hombre su proyecto de amor: esta revelación ha sido transmitida, en un primer momento, oralmente en la vida de su pueblo ayer y hoy. Pero ha sido también fijada por escrito: es lo que nosotros llamamos Biblia o Sagrada Escritura.

El pueblo de Israel, nacido de la fe de Abraham, pasó por la experiencia formidable de Dios que lo liberó “con mano poderosa” de la esclavitud de Egipto y luego lo invitó a unirse con Él en alianza de amor para empezar a ser “mi pueblo entre todos los pueblos..., mi pueblo de sacerdotes, y una nación que me es consagrada” (Ex 19,5-6).

Desde la cumbre de esta experiencia, el pueblo de Dios pudo dirigir hacia atrás su mirada e, iluminado por el Espíritu Santo, empezó a reflexionar sobre su pasado, descubriendo que la mano de Dios había estado presente en cada paso de su historia. Este descubrimiento capacitó a los más abiertos al Espíritu para reconocer la presencia de Dios también en los acontecimientos que estaban viviendo, por ejemplo en la sequía, en la derrota, o en la prosperidad y la victoria. Más aún, permitió a hombres elegidos intuir el destino futuro de su pueblo.

No faltaron quienes, movidos por el Espíritu Santo, recogieron, ordenaron y conservaron este material en escritos que fueron considerados por todos como la Palabra de Dios escrita, la Sagrada Escritura o los Libros Santos, cuyo conjunto sería llamado posteriormente *el Antiguo Testamento* (cf CAT 121-123).

“«La Palabra de Dios, que es fuerza de Dios para la salvación del que cree, se encuentra y despliega su fuerza de modo privilegiado en el Nuevo Testamento» (DV 17). Estos escritos nos ofrecen la verdad definitiva de la Revelación divina. Su objeto central es Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado,

sus obras, sus enseñanzas, su pasión y su glorificación, así como los comienzos de su Iglesia bajo la acción del Espíritu Santo (cf DV 20)” (CAT 124).

El Nuevo Testamento surgió también de una experiencia, incomparable y muy superior, de la primera comunidad cristiana. Esta experiencia fue la resurrección de Jesucristo, que iluminó con luz nueva y potente no sólo la muerte, la vida entera, los hechos y enseñanzas y la misma personalidad de Jesús, sino también el Antiguo Testamento, que les apareció “grávido de Cristo”, orientado hacia Jesús a la manera de un grandioso anuncio y preparación.

Desde entonces la muerte y resurrección de Jesús se convirtió en la clave para descifrar los sucesos de persecución y lucha que la Iglesia naciente estaba viviendo y tendría que vivir en el futuro, como prolongación que es de la vida, muerte y resurrección de Jesús en los suyos hasta su culminación gloriosa.

La Tradición de los apóstoles, aceptada y confirmada por la Iglesia definitivamente en el Concilio de Trento (1546), nos entrega así la lista (canon) de los libros que conforman hoy nuestra Biblia: 45 escritos del Antiguo Testamento y 27 del Nuevo Testamento.

Esta Biblia, nacida de la Tradición, es para nosotros Palabra de Dios: éste es el fundamento de la importancia que damos a la lectura de la Biblia en nuestras comunidades. Si no creyéramos que la Biblia es Palabra de Dios, no nos interesaría mayormente su estudio. Pero porque creemos, por eso nos interesa tanto (cf CAT 131-133).

Dios, por medio de su Espíritu, estuvo presente en las experiencias comunitarias que marcaban el camino del pueblo de Dios (del AT y NT); estuvo presente en todos los autores que, recogiendo las memorias comunitarias orales y escritas y respondiendo a situaciones existenciales distintas, escribieron los textos, cada uno según su cultura y su personalidad. “Obrando Dios en ellos y por ellos, como verdaderos autores pusieron por escrito todo y sólo lo que Dios quería” (DV II).

Dios está presente así en todo el proceso por el cual llega a nosotros el mensaje que Dios nos quiere dar por medio de la historia del pueblo de Israel y, sobre todo, en la de Jesús y de las primeras comunidades cristianas.

La presencia de Dios nos asegura que los textos llegados a nosotros expresan su proyecto de amor. La inspiración divina ha hecho que los autores materiales de la Biblia digan lo que Dios ha querido comunicarnos para nuestra salvación, y que nos transmitan esa verdad religiosa sin mezcla de error. En este sentido decimos que Dios mismo es el Autor de la Biblia (cf CAT 105, III).

El mensaje fundamental que la Biblia nos comunica en el AT es que Dios escucha el clamor de su pueblo oprimido. Él está presente en la vida y en la historia de este pueblo y de cada hombre y lo ayuda en su liberación, en su integralidad. Este es el núcleo del AT, expresado en el nombre mismo de Yavé, que significa “Dios con nosotros”.

Dios, por medio de su Espíritu, está presente también en nosotros, cuando, en comunidad, guiados por nuestros pastores, leemos la Biblia y en cada uno de los que con sincero corazón le buscan. Su presencia funciona como colirio. Va limpiando los ojos, devuelve el mirar de la contemplación que nos fue robado por el pecado y nos hace capaces de sacar el velo de los acontecimientos para experimentar en ellos la presencia liberadora de Dios (cf CAT 119).

No sólo los cristianos, sino también los judíos conservan y veneran la Biblia, aunque este pueblo no acepta el Nuevo Testamento ni algunos libros del Antiguo. Los musulmanes también veneran la Sagrada Escritura, pero pretenden poner sobre ella los escritos de Mahoma.

¿Hay errores en la Biblia?

Dice el Concilio: “Los libros Sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra” (DV II; CAT 107). Después de entender el objetivo de la Biblia, podemos abordar este tema con claridad. Sabemos ya que Dios, con la Biblia, no pretendía enseñar matemáticas, astronomía, medicina, ningún tipo de cultura determinada, sino la ciencia de la salvación, revelarnos su proyecto de amor y el camino para realizarlo en nuestra historia concreta.

Todo lo que está en la Biblia está ahí como camino seguro, como “canon”, que, siguiéndolo, lleva con certeza a la salvación. Ya sea el pesimismo del Eclesiastés, el moralismo de algunos pasajes del Eclesiástico o el pietismo de Tobías, todo ello es parte de ese camino bien humano que lleva a Cristo y puede volverse piedra en la construcción del futuro. No se trata de un camino rectilíneo. La realidad de la vida es tortuosa, pero lleva a Cristo. La Biblia enseña el camino humano y divino ¿porque es querido por Dios?, lleno de problemas, muy realista, que lleva a Cristo resucitado.

Se podría comparar la Biblia con un gran mapa de carreteras. Lo importante en él es que las carreteras estén bien trazadas de forma que nos sirvan de guía para llegar al lugar deseado. Esto es lo importante: el objetivo del mapa. Pero a nadie le importan seriamente los colores adoptados por los autores del mapa para señalar, por ejemplo, los ríos en azul, las regiones bajas en verde y las carreteras en rojo o en negro según su importancia. No interesa tampoco demasiado la calidad del papel elegido. Todo ello es sólo un medio para comunicar el mensaje del mapa. Lo importante es saber interpretar rectamente sus señales y trazados para que nos puedan conducir con acierto. Sería un grave error querer interpretar el mapa como una fotografía o como un libro de lectura.

Asimismo, la Biblia es cierta y verdadera, no se equivoca ni miente en todo lo que ella cuenta respecto al camino que el pueblo siguió en dirección a Cristo y respecto al mensaje que nos da en relación a la dimensión “espiritual” de nuestra existencia. Lo importante es tener la mirada acertada respecto al objetivo de la Biblia, para saber entender el significado de sus señales y no ser engañados.

La Biblia inspira la vida, en el sentido de hacernos conscientes del llamado de Dios, que hoy nos habla a nosotros: ella lleva a Dios. En eso ella es norma, porque ella misma es fruto de la inspiración divina: ella viene de Dios. Todo lo demás ¿por ejemplo el género literario, el estilo usado por el autor, su cosmovisión, etc.? son medios para llevar a este fin. Y esos medios, por supuesto, participan de las debilidades e imperfecciones humanas de quienes fueron instrumentos para comunicar las verdades reveladas. Concretamente, los conocimientos científicos o populares sobre la realidad natural son los propios de cada tiempo y lugar en los que se escribieron los libros de la Sagrada Escritura.

Géneros Literarios en la Biblia

“Para descubrir la intención del autor, hay que tener en cuenta, entre otras cosas, los géneros literarios. Pues la verdad se presenta y se enuncia de modo diverso en obras de diversa índole histórica, en libros proféticos o en otros géneros literarios. El intérprete indagará lo que el autor sagrado dice e intenta decir, según su tiempo y cultura, por medio de los géneros literarios, propios de su época. Para comprender exactamente lo que el autor propone en sus escritos, hay que tener muy en cuenta los modos de pensar, de expresarse, de narrar que se usaban en tiempos del escritor, y también las expresiones que entonces más solían emplear en la conversación ordinaria” (DV 12; cf CAT 109).

La Biblia es todo un arsenal de géneros y formas literarias. Los siglos pasados no supieron ver la riqueza y el colorido de las formas literarias de la Biblia. No se hablaba sino de tres géneros: los libros históricos, los proféticos y los didácticos.

Este reparto superficial y mecánico hizo que Tobías fuera metido entre los libros históricos, Jonás entre los proféticos y los Salmos entre los didácticos. Y lo que es peor, los llamados libros históricos acapararon la atención de forma que toda la Biblia muchas veces fue aprisionada y reducida a “historia sagrada”.

En realidad cada libro tiene su género literario, y dentro de cada uno suele haber diversas formas literarias. La exégesis moderna distingue en la Biblia el relato histórico, la saga, el mito, el cuento, la fábula, el sermón, la exhortación, la confesión de fe, la narración didáctica, la parábola, la sentencia profética, jurídica o sapiencial, el refrán, el discurso, la oración, el canto, etc.

Además en la Biblia, como en todo escrito, se habla a veces en lenguaje figurado: dice, por ejemplo, que la luna se avergüenza y que las estrellas se alegran; que Dios duerme y se levanta; que cubre al fiel con sus alas... Sería equivocado entenderlo como suena o imaginarse que el cielo tiene puertas con san Pedro de portero, porque el Señor dijo que le daba sus llaves. Las figuras hay que tomarlas como figuras y no como realidad tal como suenan.

También sería equivocado tomar como suenan las exageraciones frecuentes de la Biblia. En aquel tiempo todos entendían que había que aumentar las cifras, cuando se hablaba de los combatientes en una batalla o de las riquezas del templo o del rey. La exageración era un modo de realzar el relato y dar a entender la importancia de la cosa. Nosotros ahora también sabemos exagerar con ese fin. También son figuras, que no deben tomarse al pie de la letra, las paradojas, como aquella de que el que “no deja a un lado a su padre, a su madre... y aun a su propia persona, no puede ser mi discípulo” (Lc 14,26).

Los autores de la Biblia, hijos de su tiempo, se expresan según la mentalidad y la ciencia de su época. Por eso dicen que la tierra está fija y es el sol el que se mueve, o que la luna es más grande que las estrellas. En conformidad con la visión religiosa y la ciencia de su tiempo, atribuyen muchas enfermedades al demonio. Frecuentemente se saltan las causas segundas, atribuyendo a Dios directamente lo que pasa.

En la Biblia hay a veces narraciones folklóricas, con sus típicas exageraciones y formas épicas populares, cuyo objeto es dar importancia a la figura de los héroes y las gestas del pueblo. Tales parecen ser la historia de Sansón (cf Jc 13), de las pieles que Rebeca puso a Jacob (cf Gn 27) o la forma como se describen las plagas de Egipto (cf Ex 9). Esas formas son maneras de la narrativa popular, que se complace en dar colorido a los relatos y agrandar las cosas para impresionar.

A veces en la Biblia hay cábalas, es decir, lecciones en números, cosa muy del gusto de los orientales, aunque para nosotros sea algo desconocido. Un ejemplo claro es el de la edad de los patriarcas. Con esas cifras tan altas no se quiere determinar un número concreto de años vividos, sino posiblemente darnos una lección en números sobre la perfección de los patriarcas. No se pueden tomar como nos suenan a nosotros muchos números de la Biblia. Hay que buscar su sentido simbólico, ya que con frecuencia significan cualidad y no cantidad.

Otros ejemplos del uso simbólico de los números son: el siete significa plenitud, un todo acabado, perfecto y querido por Dios. Cuando Jesús les dice a los Apóstoles que hay que perdonar setenta veces siete (cf Mt 18,22), les indica que es preciso perdonar siempre, todas las veces.

El cuarenta significa mucho, o período largo. Así se dice que en el diluvio llovió durante cuarenta días y sus noches (cf Gn 7,12), es decir, que llovió mucho tiempo sin parar. Jesús ayunó cuarenta días y cuarenta noches, es decir, que pasó un largo período de ayuno (cf Mt 4,2). El doce significa el número que identifica a la comunidad fundada por Dios. Doce fueron las tribus de Israel, doce los Apóstoles. El seis simboliza la imperfección. El 666 es el número de la bestia (cf Ap 13,18).

Como puede apreciarse, los hebreos participaban de la cultura oriental que era aficionada a dar significado a los números. En algunos libros de la Biblia esta tendencia es muy clara, por ejemplo en el Apocalipsis.

Dificultades al Leer la Biblia

Los creyentes se encuentra con varios problemas al enfrentarse con la Biblia. Veamos algunos de ellos.

La Biblia es espada de dos filos

¿Por qué será que, en algunos lugares, el uso de la Biblia hace que el pueblo despierte a una renovación, y en otros, sin embargo, produce el efecto contrario? No basta decir: “Vamos a divulgar la Biblia, y la fuerza de la Palabra hará ella solita el resto”. Cuando el pueblo coge la Biblia en la mano, se da un fenómeno extraño, casi incontrolable: o renace y empieza a sentirse libre, o queda preso de la misma letra de la Biblia en un biblismo sumamente conservador, como el que presentan las sectas fundamentalistas y a veces también algunos grupos católicos.

La Biblia, tal como es leída, o ayuda o atropella; es liberadora o es opresora. No es neutral. Es como una espada de dos filos: corta siempre, para bien o para mal. El texto es idéntico para todos, pero no es igual el resultado de su lectura. Pues es “espada de doble filo. Penetra hasta la raíz del alma y del espíritu, sondeando los huesos y los tuétanos para probar los deseos y los pensamientos más íntimos” (Hb 4,12). Ella muestra cuál es la calidad de la luz que está dentro de cada uno.

Donde el pueblo renace, se empieza a comprender la verdad que

entraña la frase de Pablo: "Donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad" (2 Co 3,17). Pero donde el pueblo pierde fuerza y anda preso en las mallas de la Biblia, mal interpretada, hay que sacar la misma conclusión que Pablo: "Tienen un velo sobre los ojos" (cf 2 Co 3,13.15) y, por eso, no entienden el destino de su vida y de la historia.

Vencidos por la letra de la Biblia

A veces, cuando el pueblo se reúne para reflexionar sobre la Biblia, sólo discute la letra, y ahí se cierra y se pierde. Se cae en un literalismo que mistifica y absolutiza la letra al pie de la letra. Mata el espíritu, el sentido común y la creatividad. Quedan vencidos por la letra de la Biblia, pero no quedan convencidos por su mensaje. Se convierten en esclavos de la Biblia, oprimidos por ella; y la Palabra de Dios no les aporta ninguna liberación.

En los sitios, sobre todo, donde los católicos tienen que convivir con ciertos grupos evangélicos y con mormones y testigos de Jehová, la confusión en torno a la letra llega hasta los últimos extremos. Los otros nos acusan de no observar la Biblia por el hecho de tomar trago, bailar, comer chanco y sangre o no observar el sábado. Ciertamente la letra de la Biblia afirma esas cosas. Los católicos muchas veces no saben qué responder y empieza la confusión y la angustia. Aunque, en ciertos casos, el sentido común les dice que esas conclusiones no pueden ser voluntad de Dios, tal como las interpretan los evangélicos.

Hay que desarrollar una conveniente pedagogía para ayudar al pueblo a corregir esta visión estrecha y deficiente de la Biblia, sin destruir en él la inmensa fe que tiene en la Palabra de Dios. Hay que realizar serios esfuerzos para que los resultados de la exégesis moderna en torno al sentido literal de la Biblia se pongan, realmente, al servicio del pueblo y lo ayuden a liberarse de esta visión casi asfixiante de la letra de la Biblia, que le asedia por doquier.

Subjetivismo en la interpretación

Por un lado, están las explosiones descontroladas del pentecostalismo que estallan en todos los rincones y por otro, el resurgimiento de los movimientos carismáticos, que, apelando más al sentimiento religioso del pue-

blo que a la razón crítica, a veces prescinden de toda norma y autoridad, apelando a la libertad del Espíritu.

La misma Palabra de Dios nos pone en guardia contra toda interpretación subjetivista: "Sépanlo bien: nadie puede interpretar por sí mismo una profecía de la Escritura, ya que ninguna profecía proviene de una decisión humana, sino que los hombres de Dios hablaron, movidos por el Espíritu Santo" (2 P 1,20-21).

La suprema razón contra el subjetivismo es que lo que tiene un origen divino no puede estar a merced de la interpretación humana que fácilmente se vuelve caprichosa o manipuladora, conforme a sus intereses.

Pero la interpretación bíblica de las comunidades cristianas también está en peligro continuo de subjetivismo, ya que con mucha frecuencia le falta la ayuda de la interpretación exegética. La interpretación popular y la exegética deberían ser como los dos rieles que conducen el tren a su destino; pero cuando los dos rieles se separan, el tren se descarrila y ya no puede andar más. Para unirlos, el Espíritu asiste a los Pastores, Maestros de la Iglesia, a la que encomendó su Palabra.

El problema del lenguaje

El problema del lenguaje es mucho más serio de lo que pensamos. El lenguaje puede ser un medio de comunicación o un interruptor de comunicación. Las palabras son como las plantas que crecen después de haber brotado de la semilla que se sembró en la tierra. Pero hay tierras que no producen café, aunque sembremos en ellas toneladas de semillas de café. Así también, cierto tipo de lenguaje, por mucho que lo sembremos en el pueblo, no produce; en su tierra no germina ese tipo de semilla.

Es necesaria una larga convivencia con el pueblo para poder conocer su tierra humana, de modo que podamos saber si la semilla de nuestro lenguaje puede producir fruto en ella. Jesús convivió treinta años en Nazaret para hablar sólo tres. Y bastaron tres años para morir.

Es urgente escuchar e intentar captar la forma de expresión del pueblo, cómo verbaliza él las cosas de la fe. Probablemente vamos a redescubrir de

una forma nueva las cosas viejas que creíamos conocer ya. Resulta así que los “ignorantes” no lo eran tanto, ni los “sabios” tampoco. La interpretación bíblica no es una carretera con sentido único que corre desde los agentes de pastoral hacia el pueblo. Es una carretera con doble dirección. Si no existe esta doble dirección, es señal de que algo muy serio está fallando.

El campesino, el indígena y el pueblo en general son intuitivos, concretos y coloristas. En su tierra no germinan las ideas abstractas, deducidas unas de otras, a modo de silogismos. Ellos piensan en círculos concéntricos a partir de núcleos intuitivos básicos; pero se pierden en raciocinios ideológicos deductivos, hechos a modo de cadena en la que no se puede perder ningún eslabón intermedio. Pues bien, la Biblia precisamente, en casi su totalidad, está escrita según el mecanismo del pensamiento popular. Son los “intelectuales” los que complican su entendimiento. Es muy urgente que aumente el número de exégetas que unan ciencia bíblica y sabiduría popular.

Se han de procurar también traducciones de la Biblia que sean fieles al lenguaje del pueblo sencillo y humilde. Sólo así, además, se puede ser fiel al estilo original de la Biblia. Es doloroso constatar que hay explicaciones de la Biblia que al pueblo sólo le sirven para aumentar sus complejos de ignorancia y de dependencia.

Desviaciones al leer la Biblia

Cuando falta el conocimiento de la realidad

Interpretar la Biblia sin mirar la realidad de la vida es como mantener la sal fuera de la comida, o la semilla fuera de la tierra, o la luz debajo de la mesa; es como gajo sin tronco, ojos sin cabeza, río sin lecho, guitarra sin guitarrista.

Quien lee y estudia la Biblia, pero no mira la realidad del pueblo, ni lucha por la justicia exigida por la fraternidad, no es fiel a la Palabra de Dios y no imita a Jesucristo. Es semejante a los fariseos que conocían la Biblia de memoria, pero no la practicaban. Cuando el pueblo lee la Biblia en un ambiente cerrado que no deja entrar el sol de la realidad, cae en el peligro de una interpretación alienante y espiritualista.

Algunos se encierran en los límites estrechos de su grupo, metiéndose en un callejón sin salida al querer transformar sólo la vida del grupo sin levantar la mirada más allá de esos límites hacia una comunidad humana mayor. Una comunidad de este tipo no es peligrosa para el sistema antievangélico que rige el mundo y la vida de los hombres; puede incluso favorecerlo y confirmarlo. De hecho, tales personas no llegan a injertar el Evangelio en el tronco de la vida humana, sino, a lo más, en la punta de una ramita periférica.

Cuando el exégeta estudia la Biblia con un conocimiento serio del texto, pero sin conocer la realidad de la vida del pueblo de hoy, corre el peligro de explicar la Biblia de acuerdo con el sistema que hoy oprime al pueblo por el saber, por el poder y por el tener.

Cuando falta la vivencia comunitaria de la fe

El contexto de la vida no es otra cosa, según San Pablo, que la “carta de Cristo... escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo” (2 Co 3,3). Sin esta carta viva, no puede haber luz para iluminar la carta escrita y descubrir el sentido que guarda para nosotros. Sin el contexto vivo, la letra está sobrando. Para la interpretación de la Biblia es esencial la mirada de la fe nacida del Espíritu, el inspirador del texto. Sin el ambiente de fe, sólo quedan dos palos secos y sin vida: la realidad y el texto.

Cuando falta el contexto de la fe comunitaria, se pierde la sensibilidad para captar la presencia y el mensaje de Dios. Y todo queda reducido al tamaño microscópico de nuestros propios proyectos de acción de cara a la realidad. De esta cortedad de miras nace el uso ideológico y tendencioso de la Biblia: se reduce su sentido al tamaño de los propios pensamientos.

Los que sólo pretenden cambiar la realidad, sin prestar la suficiente atención a la formación de la comunidad de fe, a la larga están imposibilitando la misma transformación de la realidad. La comunidad no es un mero instrumento; es también la anticipación de la fiesta final, cuando la resurrección esté presente en la vida.

La comunidad de comunidades, que es la Iglesia, es la que a la luz de la fe en Cristo, su cabeza, da el criterio acertado de la interpretación bíbli-

ca. Si falta esta sensibilidad eclesial, fácilmente cada persona o cada grupo le hacen decir al texto lo que ellos necesitan que diga para su programa. La sensibilidad eclesial abre a la Comunidad Universal, visiblemente servida por el Papa: en ella se destacan y completan las interpretaciones de las comunidades locales.

Biblia y Magisterio

“...Todo lo dicho sobre la interpretación de la Escritura queda sometido al juicio definitivo de la Iglesia, que recibió de Dios el encargo y el oficio de conservar e interpretar la Palabra de Dios” (DV 12,3; CAT 119).

Al inicio y al centro de la revelación, de la tradición y de la Biblia hay un PUEBLO. Un pueblo que vive una historia y que descubre que esta historia es revelación, es Palabra de Dios dirigida al hombre para su vida y para su realización.

La historia, contemplada por el pueblo con los ojos de la fe, hace descubrir a Dios que habla. Entonces esta historia hay que contarla, hay que transmitir a las generaciones que vendrán, la memoria de lo que Dios ha hablado y hecho en favor de su pueblo.

Sólo a un cierto momento, para hacer más segura esta transmisión, confiada al relato oral y a la memorización, Israel antes y los discípulos de Jesús después ponen por escrito unas cosas: no todas, sólo una parte. Así la comunidad creyente que vendrá, confrontándose con esta historia contada y escrita, puede encontrar la luz necesaria para vivir su experiencia con ojos de fe.

La comunidad vive, la comunidad cuenta, la comunidad pone por escrito para que las comunidades del futuro vivan una auténtica experiencia de fe. El elemento de continuidad en esta cadena histórica es la comunidad creyente, el Pueblo de Dios, la IGLESIA. Fuera de la comunidad creyente, la tradición muere, la Biblia se reduce a una palabra muerta (cf CAT 119, 120).

Es en la Iglesia, en la comunidad, donde la Palabra se hace vida, porque se hace escucha, oración, anuncio, testimonio, profecía, opción, con-

versión, esperanza, lucha para cambiar este mundo.

La lectura y la interpretación de la Biblia no es tarea sólo para los que han estudiado un poco más: es responsabilidad de toda la comunidad, en la cual deben participar todos en unión de quienes Dios llamó a ser pastores, y cada uno a su manera. De esta búsqueda comunitaria de la voluntad de Dios a través de la lectura y meditación de la Palabra de Dios nace el “sentido de fe de la Iglesia” (cf CAT 94).

Este “sentido de fe de la Iglesia”, fielmente guardado y transmitido bajo la mirada amorosa y vigilante de los pastores (los Obispos en comunión con el sucesor de Pedro, el Papa), es el espacio dentro del cual se debe leer e interpretar la Biblia: es lo que llamamos el Magisterio de la Iglesia (cf DV 10; CAT 85).

Interpretar la Biblia de acuerdo con la Tradición y el Magisterio exige ante todo nuestra identificación “teórica” con la doctrina de la Iglesia (ortodoxia), pero exige también y sobre todo nuestra identificación “práctica” con la vida de la Iglesia (ortopraxis), nuestro compromiso concreto en una comunidad donde actúa el Espíritu Santo.

La Iglesia, con su Magisterio vivo, nos ayuda interpretando auténticamente la Palabra de Dios, oral y escrita, e indicando el sentido de algunos textos controvertidos; pero también nos estimula y anima a la lectura de la Sagrada Escritura, la defiende contra posibles desvíos, la mantiene dentro de los márgenes de la tradición y de la finalidad de la propia Palabra de Dios, la difunde entre el pueblo de Dios para que se convierta en alimento diario de todos los fieles (cf DV 21-25; CAT 85).

Todos los que formamos el pueblo cristiano en el Ecuador, unidos al Papa y a nuestros pastores, perseveramos, como los primeros cristianos, en la doctrina apostólica y en la unión, en la Eucaristía y la oración (cf Hch 2,42): así vivimos una maravillosa, aunque a veces difícil, unidad entre pastores y fieles en conservar, practicar y profesar la fe recibida (cf DV 10).

Recordando las palabras de Jesús a sus Apóstoles “el que los escucha a ustedes, a mí me escucha” (Lc 10,16), recibimos con amor las enseñanzas que nuestros pastores nos dan de diversas maneras (cf CAT 87).

La Iglesia nos recuerda que su Magisterio “no está por encima de la Palabra de Dios, sino a su servicio, para enseñar puramente lo transmitido, pues por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo, lo escucha devotamente, lo custodia celosamente, lo explica fielmente; y de este único depósito de la fe saca todo lo que propone como revelado por Dios para ser creído” (DV 10; CAT 86).

Reconocemos que este servicio del Magisterio tiene toda la autoridad que le viene de Cristo cuando define “dogmas”, es decir, cuando nos propone verdades, contenidas en la Revelación divina o verdades que tienen con ellas un vínculo necesario, para que las aceptemos con la adhesión consciente de nuestra fe (cf CAT 88-90).

Con nuestros pastores miramos hoy con alegría y gratitud el fenómeno más importante de la historia de nuestra Iglesia latinoamericana: los pobres están leyendo la Biblia en comunidad, a partir de su fe, de su realidad y en comunión con sus pastores, encontrando en ella luz y fuerza para su lucha y su marcha hacia el Reino de Dios (cf CAT 104).

Los creyentes y la Biblia

El pueblo cristiano redescubre la Biblia

Hasta poco antes del Concilio Vaticano II, la Biblia era casi exclusivamente el libro de los sacerdotes y los exégetas estudiosos, técnicos en asuntos bíblicos. Desde el Concilio comenzó la devolución de la Biblia al pueblo. En su maravillosa “Constitución dogmática sobre la Divina Revelación”, se dice que “los fieles han de tener fácil acceso a la Sagrada Escritura...; la Palabra de Dios tiene que estar disponible en todas las edades” (DV 22).

Al comienzo se situaba la Biblia en el pasado, o sea, sólo en el contexto histórico y literario en que nació. Con ello se hacía de la Biblia un libro “antiguo”. Pero una vez puesta la Biblia en manos del pueblo creyente, éste comienza pronto a ver en ella no sólo el relato de una historia del pasado, sino el espejo de su propia historia de hoy. Y, mirándose en el espejo de la Biblia, el pueblo va descubriendo su propia cara de ser huma-

no y su misión en medio del mundo: su identidad de Pueblo de Dios. Al descubrir en la Biblia el espejo de su vida, el pueblo de las comunidades consigue que la Biblia llegue a ocupar el lugar que ella quiso tener siempre en la vida y en la historia. La “Carta de Dios” llega a la casa del destinatario. Así la Biblia queda situada en condiciones óptimas para producir frutos abundantes.

Pero el pueblo cristiano no sólo ha redescubierto la Biblia. Ahora la mira como algo propio, como “su” libro, el libro del Pueblo de Dios, “escrito para nosotros”. Nace así una visión diferente de la misma Biblia y de la vida, en cuyo centro aparece la presencia viva y vivida de la persona de Cristo y la fe en la acción del Espíritu Santo. Es una visión muy “antigua” la que se está despertando ahora en el pueblo; pero que hace de la Biblia un libro “nuevo” y actual, motor de todo el proceso de renovación.

Leer la Biblia en la vida

Según esta visión, Biblia y vida están unidas. Cuando el pueblo de las comunidades abre la Biblia, quiere encontrar en ella las cosas de la vida, y en la vida quiere encontrar las cosas de la Biblia. Espontáneamente utilizan la Biblia como una imagen, un símbolo, un espejo de lo que hoy les está pasando a ellos.

El objetivo principal de la lectura de la Biblia hecha en las comunidades no es interpretar la misma Biblia, sino interpretar la vida con la ayuda de la Biblia. No es para saber lo que les sucedió a los otros, sino para saber, sobre todo, lo que Dios les está pidiendo a ellos. Se lee y se estudia la Biblia para poder conocer mejor la realidad presente y la llamada de Dios que en ella se esconden. Una vez descubierta la Biblia, la vida forma un dúo con ella, armonizándose en los hechos más corrientes. La Biblia ayuda a entender mejor la realidad, y la realidad ayuda a entender mejor el sentido de la Biblia: es ya posible señalar las dos cosas.

Las comunidades creen firmemente que Dios les habla directamente a través de la Biblia. No es como si se leyera una carta dirigida a otros. Sienten que todo ello ha sido escrito para ellos mismos; sienten la Palabra de Dios como una presencia actual, como algo “doméstico” y propio. De ahí su gratitud, respeto y libertad interior ante la Biblia. Viven la gratitud

de la Palabra de Dios que, muchas veces, además de los hijos, es la única riqueza que poseen en medio de su pobreza.

Esta preocupación de leer la Biblia en la vida no es muchas veces algo explícito. Es como el presupuesto de todo el uso que el pueblo hace de la Biblia. Es como la raíz de donde nace todo el resto. Tal actitud tendría que vivirla todo cristiano.

Con la luz de la fe en los ojos

Para el pueblo creyente, la lectura de la Biblia es el ejercicio de su propia fe. Cuando las comunidades se reúnen para leer la Palabra de Dios, generalmente envuelven la lectura en oración. Hacen lectura orante.

En el fondo, la fe del pueblo en la Biblia no es tener fe en un libro, sino tener fe en Alguien que nos habla a través del libro. Lo que da sentido y vida al libro es precisamente esta fe en Cristo vivo, en la vida y en la comunidad cristiana organizada, instrumento de salvación.

Esta luz no puede apagarse. Porque si se llega a apagar, se oscurece también el texto de la Biblia, y la palabra escrita ya no sirve para nada. De ahí la necesidad de alimentar continuamente esta luz.

Esta luz no es privilegio de algunos expertos o de algunas personas más cultas. Es un don de Dios, concedido ante todo a la comunidad y, a través de la comunidad, a los individuos que pertenecen a ella. Por eso es tan conveniente el contexto comunitario para la lectura de la Biblia. Incluso la lectura individual no es, ni puede ser, una cuestión puramente privada: debe fortalecer y alimentar el compromiso con Dios y con los hermanos. La Biblia fue entregada al Pueblo de Dios, hoy la Iglesia, guiada por el sucesor de Pedro y sus hermanos los Obispos.

La Biblia, pues, hay que leerla en ambiente de oración y, a ser posible, en ambiente de oración comunitaria. Así el Espíritu Santo puede esclarecer su sentido y revelar a través de qué realidad nos está hablando el Señor. La Biblia ha de ser leída con ayuda de la comunidad de ayer y de hoy unida por los Apóstoles y sus sucesores (TRADICIÓN Y MAGISTERIO).

En la Biblia hay que buscar el “sentido espiritual”, del que ya hablaban los Santos Padres al comienzo del cristianismo. Sentido espiritual no quiere decir un sentido piadoso o fantástico, fruto del capricho de cada uno. Se trata del sentido dado por el Espíritu a su Iglesia. Quien vive en la Iglesia vive en contacto con Cristo vivo, resucitado, y de él recibe el don del Espíritu que nos quita el velo de los ojos para revelarnos el sentido que él quiere ofrecer a su pueblo a través de la Biblia. “El hombre que se quedó en lo humano, no entiende las cosas del Espíritu. Para él son locuras y no las puede entender, porque se aprecian a partir de una experiencia espiritual” (1 Co 2,14) y, por consiguiente, no puede descubrir el sentido espiritual.

Como fuerza transformadora

El pueblo de las comunidades toma en serio la Palabra de Dios. No lee solamente para entender, sino que también procura practicar la Palabra. Su lectura no es sólo “informativa”: se dirige a la práctica, a la acción, a la transformación de las personas y de la sociedad. La lectura que hace de la Biblia revela muy concretamente el “anuncio” y la “denuncia” que llevan a la “conversión”.

El pueblo busca en la Biblia un sentido para vivir. Y lo encuentra. Con la certeza, además, de que es Dios mismo el que habla. Por eso tienen a veces el coraje de sufrir y luchar por defender este sentido que ellos mismos descubrieron para sus vidas. Su ánimo se alimenta en la fuente de la Palabra de Dios. La práctica concreta da vida nueva a la lectura escrita, y la lectura de esta misma letra escrita de la Biblia lo anima y lo orienta en su lucha por la liberación de sus hermanos.

Este modo de interpretar la Biblia restituye a la “inspiración” su verdadero sentido: se trata principalmente de un libro de autoridad, inspirado por Dios y que exige obediencia; pero también de un libro que nos trae la inspiración de Dios para nuestra vida; que nos trae su fuerza para orientar y transformar la existencia.

Cómo leer la Biblia

“La Iglesia «recomienda insistentemente a todos los fieles... la lectura asidua de la Escritura para que adquieran ‘la ciencia suprema de Jesucristo’ (Flp 3,8), ‘pues desconocer la Escritura es desconocer a Cristo’ (S Jerónimo)» (DV 25)” (CAT 133). La Biblia como Palabra de Dios, tenemos que leerla “con el mismo Espíritu con que fue escrita” (DV 12). Para esto es necesario tomar en cuenta los criterios propios de la fe cristiana (cf CAT 115).

Criterios de la fe

* *Atender al contenido y a la unidad de toda la Escritura.* Es importante tener una visión global de toda la Biblia: esta visión de conjunto amplía el sentido de un texto, ayuda a situarlo dentro de su contexto (cultural, literario, histórico), da luz para iluminar las distintas partes y detalles e impide que se absoluticen ciertos textos en detrimento de otros. Sin embargo, de acuerdo con las circunstancias y los problemas, es normal que se privilegie uno u otro texto, libro o Testamento. Por ejemplo, el Vaticano II privilegió el Nuevo Testamento y, dentro de él, privilegió las Cartas de San Pablo; en nuestras comunidades privilegamos hoy el libro del Éxodo, los Hechos de los Apóstoles y el Apocalipsis (cf CAT 112, 128, 129).

* *Tomar en cuenta la tradición viva de toda la Iglesia.* La Tradición envuelve la Biblia antes, durante y después. Antes de ser escrita la Biblia era narrada. Enseguida fue siendo escrita lentamente, dentro de un proceso de transmisión de las historias y doctrinas, costumbres y tradiciones del pueblo. En fin, una vez escrita, continuó siendo transmitida, de generación en generación, hasta hoy, dentro de una tradición viva. El tomar en cuenta la Tradición nos ayuda a descubrir cómo la vivencia de la misma fe en situaciones diferentes generó relatos diferentes de los mismos acontecimientos (por ejemplo el Éxodo) y a entender cómo hoy la misma fe puede ser encarnada y vivida en las situaciones, tan diferentes, que viven nuestras comunidades (cf CAT 113).

* *Tomar en cuenta la analogía de la fe.* El texto debe ser leído no sólo dentro del conjunto de la Biblia, ni sólo dentro del contexto de la Tradición, sino también dentro del conjunto actual de la Iglesia. Debe obedecer no sólo a las exigencias de la fe de ayer, sino también a las exigen-

cias de la fe de hoy y de siempre. Es esto lo que se llama “analogía de la fe” (cf CAT 114).

Criterios de la realidad

Además de los criterios propios de la fe cristiana, hay que tomar en cuenta los criterios de la realidad, siempre para poder leer la Biblia “con el mismo Espíritu con que fue escrita” (DV 12). Para esto es necesario:

* Tomar en cuenta la realidad del pueblo del tiempo en que fue escrito el texto. Se trata de conocer la situación y la cultura del tiempo del escritor del texto y descubrir las circunstancias que lo llevaron a escribir: todo esto para poder llegar a descubrir el sentido exacto del texto (cf DV 12).

Con la ayuda de las ciencias (historia, etnología, crítica literaria y ciencias sociales, etc.), llegamos así a establecer el “sentido en sí” del texto y nos capacitamos a descubrir en él el “sentido que tiene para nosotros”. En nuestra Biblia encontramos estos resultados en las notas a pie de página.

Situando el texto en el contexto concreto y conflictivo de su origen, superamos el “fundamentalismo” que, propugnado por las sectas religiosas, causa tanto daño en la fe de nuestro pueblo.

* Tomar en cuenta la realidad del pueblo que hoy lee el texto. La Biblia nació de la preocupación por reencontrar, en la realidad conflictiva de cada época, el llamado del mismo Dios de siempre. El propio Jesús explicó la Biblia partiendo del problema que los discípulos de Emaús estaban viviendo (cf Lc 24,13-35), que era el hecho culminante de toda la historia: la muerte y resurrección de Cristo.

Según lo que afirmaba Pablo VI, hay que poner el texto de la Biblia “en relación al hombre contemporáneo”: la fidelidad al hombre moderno, aunque ardua y difícil, si quisiéramos permanecer enteramente fieles al mensaje, es necesaria. Aquí en América Latina, esto significa fidelidad a los pobres: por eso la opción por ellos, definida en Puebla y ratificada en Santo Domingo, debe ser el punto de partida, desde donde debemos leer e interpretar la Biblia para todos, pobres y ricos, sin excluir a nadie.

La lectura de la Biblia desde los pobres, por sí misma, no es de ninguna manera “reduccionista”: superando el riesgo de ser “espiritualista” y “alienante”, ilumina las situaciones concretas de la vida del pueblo y vuelve a ser auténticamente Buena Noticia para los pobres, abierta a serlo también para cuantos están dispuestos a seguir a Jesús, en solidaridad con ellos.

Lectura orante

Para leer la Biblia en el mismo Espíritu con que fue escrita, no basta usar los criterios de la fe y de la realidad: es necesario crear un ambiente en que el Espíritu pueda actuar libremente y revelar el sentido que el texto antiguo tiene para nosotros hoy, aquí en América Latina, en Ecuador, por ejemplo.

Esto significa que se debe:

- * Crear un ambiente de escucha y de silencio;
- * tener una preocupación constante por profundizar la vida del pueblo, compartir las alegrías, las tristezas y las esperanzas de los pobres;
- * envolver todo en la oración;
- * dedicar un tiempo a la celebración y no sólo al estudio;
- * hacer que el estudio termine en el compartir, en la oración y en el compromiso concreto;
- * dar importancia a la Liturgia, a los Sacramentos, al oficio Divino y a las formas de piedad con que el pueblo celebra su fe;
- * saber celebrar la Palabra como Sacramento de Cristo vivo en la comunidad (cf CAT III).

Una palabra vale no sólo por la idea que transmite, sino también por la fuerza que comunica: no sólo dice, sino también hace. La Palabra de Dios es luz, fuerza: el término hebraico “*dabar*”, como se dijo antes, significa al mismo tiempo “palabra y cosa”: dice y hace, anuncia y atrae, ilumina y fortalece, Palabra y Espíritu. En la historia de la Iglesia este tipo de lectura recibió el nombre de “Lectio Divina” (Lectura Divina) (cf CAT II77).

Al servicio de la evangelización

Finalmente nuestra lectura de la Biblia, para ser auténtica, debe estar al servicio de la misión de la Iglesia: evangelizar para transformar este mundo en la perspectiva de construir el Reino de Dios.

Esto nos exige:

- * Tener presente, en la lectura de la Biblia, la realidad de la gente a la cual tenemos que evangelizar;
- * permitir que la Palabra de Dios nos transforme personal y comunitariamente para poder ser signo de lo que anunciamos.

Para esto, toda nuestra vida debe ser alimentada y permeada por la Palabra de Dios a tal punto que ella llegue a “iluminar la mente, fortalecer la voluntad e inflamar el corazón” (DV 23).

Pastoral Bíblica

*La Palabra de Dios, fuerza para
los discípulos y misioneros al servicio de la vida*

“Es tan grande el poder y la fuerza de la Palabra de Dios, que constituye sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual” (DV 21).

“Se recomienda la lectura asidua de la Escritura para adquirir la ciencia suprema de Jesucristo (Fil.3,8), pues desconocer la Escritura es desconocer a Cristo” (San Jerónimo; DV 25).

“Es necesario que los fieles tengan acceso pleno a la Escritura” (Dei Verbum 22)

“El oficio de interpretar auténticamente la Palabra de Dios, oral o escrita, ha sido encomendado al Magisterio de la Iglesia, el cual lo ejercita en nombre de Jesucristo. Pero el magisterio no está por encima de la Palabra de Dios, sino a su servicio” (Dei Verbum 10)

“En nuestra misión pastoral confiamos ante todo en la fuerza de la Palabra de Dios” (Med. 14,14).

“La Evangelización dará prioridad a la proclamación de la Buena Nueva, a la catequesis bíblica y a la celebración litúrgica, como respuesta al ansia creciente de la Palabra de Dios” (Puebla 150).

“Exhortamos a todos los agentes pastorales a profundizar el estudio y la meditación de la Palabra de Dios para poder vivirla y transmitirla a los demás con fidelidad” (Sto. Domingo, Mensaje 21).

“Hemos de fundamentar nuestro compromiso misionero y toda nuestra vida en la roca de la Palabra de Dios” (Benedicto XVI, Mensaje Inaugural n° 2, V Conferencia General, Aparecida)

Pastoral Bíblica

Es una pastoral para la vida de nuestros pueblos.

Es la pastoral que busca, bajo distintas acciones y esfuerzos, “resituarse” la Biblia en la vida de la Iglesia, del Pueblo de Dios, para redescubrir la vitalidad salvífica de la Palabra de Dios y crecer y madurar en la identidad eclesial al servicio de Reino de Dios.

Ella tiene como objetivo inmediato unir la Biblia con la vida y lograr que la Biblia se transforme en el libro de la Espiritualidad cristiana para vivir la Palabra de Dios hoy.

La Pastoral Bíblica, desde los distintos niveles eclesiales (comunidades, parroquias, diócesis) tendrá que ser una verdadera pastoral organizada y encauzada para que las Sagradas Escrituras penetren las diferentes pastorales en la vida de la Iglesia.

Es importante para implementar esta Pastoral Bíblica constituir en cada diócesis y a nivel nacional, comisiones o departamentos bíblicos que, a través de una acción sostenida, sistemática y progresiva, buscarán:

- * poner el libro de la Biblia al alcance del pueblo, para que se trans-

forme en el libro que da sustento y vigor a la vida y misión de las comunidades

- * crear espacios de formación bíblica,
- * formación de animadores bíblicos y celebradores de la Palabra para ayudar a leer y celebrar la Biblia, desde la vida y para la vida,
- * elaboración de materiales y subsidios que faciliten el poner la Biblia al alcance de nuestros pueblos.

La Formación Bíblica

Una primera constatación es que en la Iglesia Católica pocos tienen la Biblia en sus manos. Esta situación va mejorando.

La formación bíblica tiene varios espacios y niveles:

El primer lugar donde Dios se revela es la vida. La Biblia es el segundo libro de Dios que nos revela directamente su Palabra y nos ayuda a discernirla en el libro de la vida, que es el primer libro que Dios escribió (Cf San Agustín).

Las Comunidades Eclesiales de Base han sido el espacio privilegiado para la lectura e interpretación de la Biblia. Es ahí donde nació y se desarrolló el “Movimiento de Lectura Comunitaria y Orante de la Biblia”.

La formación bíblica exige, en todos sus niveles, la organización de talleres y seminarios bíblicos sistemáticos para la formación de los agentes de pastoral.

La Liturgia de la Palabra, en la Misa, es un espacio privilegiado de encuentro con la Palabra de Dios y su interpretación.

Es importante, para potenciar y fortalecer el movimiento bíblico, el estudio científico y sistemático de la Biblia, lo que llamamos Exégesis. Ésta será fructífera sólo si tiene una orientación pastoral y latinoamericana. La exégesis no debe quedar reducida sólo a las Facultades de Teología y Seminarios.

Animación Bíblica de la Pastoral

Por el bautismo, los creyentes nos unimos sacramentalmente al llamado y al envío, al discipulado y a la misión de Jesús: *“Para educar al pueblo en la Palabra de Dios tenemos que fundamentar el compromiso cristiano y toda nuestra vida en la roca de la Palabra”* (Benedicto XVI, Aparecida, 2007).

Todas las pastorales de la Iglesia deben estar fundamentadas y animadas con la Palabra de Dios, y no reducir el trabajo bíblico a una pastoral específica, junto a otras pastorales.

La lectura personal y comunitaria de la Biblia ha llevado a la centralidad de la Palabra en la vida y en la misión de la Iglesia Latinoamericana y caribeña, alimentando nuestro discipulado y misión, y llegando a la animación bíblica de todas las pastorales.

La cercanía con la Palabra de Dios ha producido los siguientes frutos:

- Transformación y crecimiento espiritual a nivel personal y comunitario.
- El interés bíblico de las pastorales desarrolló y creó nuevos centros de formación, en los cuales la Biblia ocupa un lugar preferencial.
- La catequesis se enriqueció y fundamentó en la roca de la Palabra de Dios.
- Las campañas bíblicas nacionales, como el mes de la Biblia, con la participación de todas las pastorales.
- Los subsidios bíblicos que posibilitan la participación de los fieles en la liturgia, los sacramentos y la vida de los fieles.
- Profundización bíblica en las prácticas de la religiosidad popular.
- Animación y formación bíblica junto con las pastorales: infancia, jóvenes, mujeres, indígenas, afrodescendientes, familias, movimientos y pastoral social.
- Oración y meditación que, con la práctica de la lectio divina, alimenta la vida y el compromiso cristiano solidario.
- La Palabra de Dios abre espacios ecuménicos a favor de la unidad y la defensa de la vida.

- La formación bíblica ofrece amplia diversidad de materiales y medios visuales e Internet.

“Al iniciar la nueva etapa que la Iglesia misionera de América latina y del Caribe se dispone a emprender, a partir de esta Conferencia General en Aparecida, es condición indispensable el conocimiento profundo de la Palabra de Dios” (Benedicto XVI, Aparecida 2007).

Dios se revela en su Palabra

*“Por medio de la revelación, Dios quiso manifestarse a Sí mismo y sus planes de salvar al hombre, para que el hombre se haga partícipe de los bienes divinos, que superan totalmente la inteligencia humana”*¹. Así, antes que un catálogo de verdades, la Biblia es la manifestación de la gracia, del amor y de la misericordia de Dios para con nosotros². *¡El nos amó primero! (1Jn 4, 19)*. El objetivo principal de la Biblia y su interpretación, es ayudar al pueblo a descubrir la presencia gratuita de este Dios y experimentar su amor.

Para los pobres y oprimidos, esta revelación divina significó, desde el principio, que Dios se inclinó y se acercó para escuchar su clamor, caminar con ellos, estar con ellos en su aflicción y liberarlos del cautiverio (Ex 3,7-8; Sal 91,14ss). En la sinagoga de Nazaret, Jesús actualiza en El, que Dios escucha, se compadece y libera al pobre (Lc 4, 16 ó 21). Por eso, podemos decir que esta es la mayor certeza que la Biblia nos comunica. Dios escuchó el clamor de Jesús, resucitándolo de la muerte (Heb 5,7). Esta es la médula de toda revelación expresada en el nombre de YAVÉ, Dios con nosotros.

La revelación que Dios hace de sí mismo al pueblo sufriente, se realiza progresivamente a través de la historia³. De todos los períodos de la historia, el Éxodo fue el que más marcó la conciencia y la memoria del pueblo de Dios. Marcó tanto, que el Nuevo Testamento llegó a usar imágenes y temas del Éxodo para expresar el significado de Jesús para la vida. Esta misma importancia del Éxodo se refleja hasta nuestros días cuando en la liturgia de la Vigilia Pascual, la Iglesia nos pide que no se suprima por ningún motivo la lectura del Éxodo.

La lectura de la Biblia limpia los ojos, devuelve la mirada de contemplación que nos fue robada por el pecado. En su libro sobre la exégesis de los Santos Padres, citando frases de San Agustín y de otros Padres de la Iglesia, H. de Lumbac formula así el objetivo de la Biblia: *“El Espíritu Santo, dedo de Dios, que ya había modelado las cartas de la creación, recomendó a trabajar para componer este nuevo libro: Él extendió sobre nosotros el cielo de las Escrituras; desarrolló este segundo firmamento que, como el primero, narra el poder de Dios y mejor que el primero, canta su misericordia. Gracias a él nos es restituido el mirar de contemplación y así cada criatura se vuelve para nosotros una teofanía”*⁴. Mirada nos hace capaces de quitar el velo de los hechos para experimentar en ellos la presencia de Dios.

Esta revelación y experiencia de Dios son fruto, al mismo tiempo de la gracia de Dios y del esfuerzo del pueblo que camina y lucha. De un lado, la Revelación Divina provoca colaboración y participación y exige la observancia de la Alianza, de otro lado, ella *“hace partícipe de los bienes Divinos que superan totalmente la inteligencia humana”*⁵. Eficiencia y gratitud, lucha y fiesta; que gracias a ambos se mezclan en la unidad conflictiva del caminar del pueblo de Dios.

Revelación pública, fuera de la que hubo en el pueblo de Israel y en Jesús no habrá más, antes de la venida de Jesús⁶. Pero esta revelación realizada en el pueblo de Israel y descrita en el Antiguo Testamento, se convirtió en una experiencia modelo, canon o norma. Ella permite saber cómo está Dios presente y cómo se revela en las historias de todos los pueblos. Ella nos revela *“la economía de la Salvación”*⁷, el proyecto de Dios, *“los decretos eternos de su Voluntad acerca de la Salvación de los hombres”*⁸. En la historia de la Iglesia, el Magisterio condenó, varias veces, a los que afirmaban que existía una diferencia entre el Dios del Antiguo Testamento y el Dios del Nuevo Testamento⁹. ¡Es el mismo Dios que se revela en ambos! Sin embargo, la plenitud de la Revelación de Dios se hizo en Jesucristo¹⁰.

Jesús es la clave de la Biblia

Es una verdad siempre repetida por toda la Tradición y constantemente enseñada por el Magisterio. Jesús es el centro, la plenitud y el objetivo de la Revelación que Dios venía haciendo de sí mismo desde Abraham y desde la creación¹¹. Esto no quiere decir que el Antiguo Testamento fue superado, ¡por el contrario! el A.T. revela las intenciones de Dios¹², ayuda a conocer al Padre de Jesucristo¹³ y enseña cómo prepararse para la venida de Jesús. *“Los libros íntegros del A.T. incorporados a la predicación evangélica, alcanzan y muestran su plenitud de sentido en el N.T. (Mt 5, 17; Lc 24, 27; Rom 16, 25-26; I Cor 3, 14-16) y a su vez lo iluminan y lo explican”*¹⁴.

Sin el A.T., no podríamos entender todo el significado de Jesús para la vida. Los principales títulos, dados a Él en el N.T., vienen todos del A.T.: Señor, Cristo, Siervo, Hijo del Hombre, Profeta, Sumo Sacerdote, Hijo de Dios. El propio Jesús usaba frases, expresiones y temas del A.T. para revelar el significado de su misión y enseñanza. Por ejemplo: *“Antiguamente fue dicho... pero yo les digo...”* (Mt 5, 21-48); *“El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios ha llegado”* (Mc 1, 16); *“El Espíritu del señor está sobre mí y el me ha ungido para anunciar la Buena Nueva a los Pobres”* (Lc 4, 18).

Los primeros cristianos llegaban a decir que Jesús ya estaba escondido en el A.T.: *“La piedra era Cristo”* (ICor 10, 3-4). Decían que Jesús era el sí del Padre a todas las promesas del Antiguo Testamento (ICor 1, 20). Resumiendo, era en el A.T. donde ellos buscaban la cédula de identidad de Jesús. De este modo más o menos, la mitad del N.T. es citación, evocación, referencia o interpretación del A.T. El N.T. es el fruto que nació de la interpretación del Antiguo, realizada a la luz de la experiencia que tenían los cristianos de Jesucristo, vivo en medio de la comunidad.

Esta presencia escondida de Cristo en el A.T., solamente la entrevé el que se convierte a Cristo (2Cor 3,16). La experiencia viva de Jesús en la comunidad, es la luz nueva en los ojos de los cristianos para poder entender todo el sentido del A.T. y de su propia historia¹⁵. Todo esto tiene una actualidad muy grande para nosotros: En primer lugar Jesús, a la luz de quien debemos leer el A.T., no es teoría, una idea, ni sólo alguien del pasado que ya no existe. Es el Cristo vivo hoy, en la Iglesia, en las comunida-

des, aquí en América Latina, animando la fe del pueblo. Leer el A.T. a la luz del N.T., no quiere decir que se deba hablar constantemente sobre Jesús. Más bien quiere decir, en primer lugar, que se debe hablar a partir de Jesús, partir de la fe iluminadora de que El está vivo hoy, en medio de nosotros. Cristo está a nuestro lado, mirando con nosotros el A.T., clarificando con su luz y ayudándonos a entenderlo.

En segundo lugar, no se trata solamente de saber cómo los primeros cristianos supieron descubrir las figuras de Jesús en el A.T.¹⁶. Se trata en primer lugar, de ser alumnos de los primeros cristianos y de hacer hoy lo que ellos hicieron, a saber: Descubrir cómo nuestra historia, está siendo impulsada ocultamente, por el Espíritu de Jesús, hacia la plenitud de la resurrección; descubrir cómo *“el significado de la Sagrada Escritura puede relacionarse con el momento salvífico”*¹⁷. De manera pues, que el Nuevo está latente en el Antiguo y el Antiguo se aclara en el Nuevo¹⁸.

En tercer lugar, aparece aquí la importancia de la exégesis de los Padres de la Iglesia. Ellos procuraban descubrir el fruto del Espíritu bajo las hojas de la letra (S. Jerónimo). Esto es, ellos buscaban descubrir cómo los textos antiguos de la Biblia iluminaban la presencia viva de Cristo, la situación de la comunidad y la vida de cada cristiano. Hacían una interpretación simbólica (Sumballo), esto es, sabían unir (sumbolon), vida y fe, Antiguo y Nuevo Testamento, ayer y hoy, la historia de la Biblia y la propia historia.

Interpretación liberadora de la Biblia

En el mundo, sin ser del mundo

Vivimos en el mundo: estamos sumergidos en un sistema de globalización, utilizamos todos los adelantos de la ciencia, de la tecnología y de los medios de comunicación y transporte y gozamos de una cierta paz, seguridad, libertad y democracia. Pero, si bien estamos en el mundo, no somos de este mundo: no participamos del espíritu de este mundo: de su racionalidad, de su lógica, de su ética y cultura. Existe un espíritu de modernidad, progreso y desarrollo que excluye al 60 % de la humanidad y condena a la auto-inmolación a los que viven en la extrema pobreza. Es un mundo con una racionalidad económica orientada a una sociedad moderna, pero donde

no caben todos y donde no se respeta a la naturaleza. Es un mundo con una ética donde los medios son tantos, que ya no se puede ver el fin. Es un mundo que se impone con una lógica materialista, consumista, individualista, donde ya no hay espacio para la solidaridad y a la misericordia. Es un mundo que se presenta como un absoluto, donde no es pensable ninguna alternativa, ni existe ninguna esperanza para los excluidos. Es un mundo idolátrico, que oprime sin límite y con buena conciencia, y que aplasta al ser humano como sujeto libre y trascendente en su propia historia.

Los cristianos estamos en el mundo, pero con una opción radical por la vida: vida para todos y vida para el cosmos. Sólo podemos aceptar una sociedad donde quepan todos y todas. Mantenemos viva la esperanza y la utopía de construir el Reino de Dios en nuestro mundo. Resistimos al espíritu del mundo, por eso el mundo nos odia. Si el mundo no nos odia, es porque ya somos del mundo. Lo que nos permite resistir al espíritu del mundo es la Palabra. Hemos sido enviados al mundo, pero como hombres y mujeres consagrados por la verdad, que es la Palabra de Dios. La Palabra de Dios es la que hace posible estar en el mundo sin ser del mundo. Vivimos radicalmente un LOGOS (una Palabra) que no es el LOGOS de este mundo. Nuestra interpretación de la Palabra de Dios debe ser conducida por el Espíritu de la Verdad y no por el espíritu de este mundo. Nuestra hermenéutica debe respirar el Espíritu de Dios, espíritu alternativo al actual sistema de globalización neo-liberal. Debemos conocer a fondo la lógica de este mundo, para interpretar la Palabra de Dios con una lógica diferente y alternativa. Sólo con una hermenéutica de la vida, antagónica al espíritu de muerte del sistema actual es posible una interpretación significativa y liberadora de la Palabra de Dios.

La resistencia cultural, ética y espiritual al sistema

Nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, es decir, contra un sistema visible, contra seres humanos con nombre y rostro, sino nuestra lucha es contra los poderes, estructuras y potencias que sostienen el sistema, y sobre todo, contra las fuerzas sobrenaturales del mal que están por detrás de éstos. La esperanza de los pobres y excluidos hoy día pasa sobre todo por la resistencia cultural, ética y espiritual al sistema. Por el momento es casi imposible construir una alternativa económica y política al actual sistema de globalización, pero es posible desde ya cuestionar radicalmente su

lógica, su racionalidad, su espíritu idolátrico. Existen, por supuesto, espacios de vida donde los pobres logran sobrevivir económicamente, se dan pequeños triunfos políticos locales, crecen los movimientos sociales, pero todavía no surge la esperanza de una alternativa económica, política y cultural global al actual sistema de dominación. Si la alternativa global todavía no es posible, si es posible desde ya vivir una resistencia ética, cultural y espiritual al sistema. No es todavía una alternativa al sistema, pero si una alternativa al espíritu del sistema. Esta estrategia es la que tiene a largo plazo la mayor eficacia y fuerza liberadora. Por eso tiene hoy tanta importancia, especialmente entre los pobres, la dimensión ética y espiritual, los procesos culturales y pedagógicos y la construcción de una nueva conciencia. Los pobres, quizás, tienen cada día menos poder político, pero pueden tener cada día más poder espiritual, ético y cultural. Esta resistencia al espíritu del sistema, nos permitirá a la larga, encontrar una alternativa al sistema mismo. En el texto bíblico que hemos leído, destacamos “la espada del Espíritu que es la Palabra de Dios”. Si la actual estrategia es de resistencia cultural, ética y espiritual, la espada del Espíritu que es la Palabra de Dios adquiere una especial importancia y centralidad. Si la esperanza de los pobres pasa hoy día sobre todo por una alternativa a la racionalidad y al espíritu del sistema, entonces la interpretación de la Biblia puede llegar a ser efectivamente el corazón de esta esperanza.

Lo que detiene el misterio de la iniquidad

La lógica perversa del mercado, su racionalidad excluyente de las mayorías y destructora de la naturaleza, su insensibilidad frente a la pobreza y la inmolación de las masas miserables y su espíritu idolátrico global, es ese misterio de la iniquidad que ya está actuando en el mundo. Ante esto hay dos posibilidades: una, es la apostasía de la humanidad: el poder del error que hace creer a todo el mundo en la mentira, que hace posible la manifestación del Hombre impío, del Hijo de la perdición, del Adversario, el cual llegaría a sentarse en el santuario de Dios y proclamarse él mismo como Dios. La otra alternativa es la resistencia, lo que ahora puede detener el misterio de la iniquidad. Se trata del famoso “to katéjon” (lo que detiene) o “ho katéjon” (el que detiene). No sabemos bien a qué o a quién se refiere el texto, lo importante es la revelación que nos dice que es posible evitar la apostasía de la humanidad y detener al Hombre impío o misterio de la iniquidad.

Yo pienso que una buena interpretación de “lo que detiene” el misterio de la iniquidad es la fuerza espiritual del Pueblo de Dios, y “el que lo detiene”, el sujeto creyente portador de esa fuerza. Hoy día en el Pueblo de Dios hay tres fuerzas poderosas, de las cuales todo bautizado puede ser sujeto: la fuerza del Amor (el Agape), la fuerza de la Palabra (el Logos) y la fuerza del Espíritu (el Pneuma). La fuerza del Agape se manifiesta en la capacidad de amor, solidaridad y misericordia del Pueblo de Dios, especialmente en su opción preferencial por los pobres. La fuerza del Logos se desarrolla en el movimiento bíblico, en la interpretación de la Palabra de Dios como vida y esperanza del Pueblo de Dios; finalmente, la fuerza del Pneuma en la Espiritualidad y en la dimensión carismática de la Iglesia. Esta fuerza es en última instancia la fuerza del Dios Uno y Trino, que es Agape, Logos y Pneuma, que se manifiesta en el Pueblo de Dios. El sujeto de esta fuerza, no es primariamente la institución, sino la comunidad cristiana. Todo bautizado, en cuanto sujeto creyente, independientemente de su posición en la estructura de la Iglesia, es directamente sujeto de Agape, sujeto intérprete de la Palabra y sujeto portador del Espíritu y sus carismas. El movimiento de solidaridad, el movimiento bíblico y la espiritualidad son movimientos propios de la Iglesia como Pueblo de Dios. Estas tres fuerza además van siempre juntas. La fuerza de la Palabra, debe ir junta con la fuerza del Espíritu y del Agape, para no caer en el fundamentalismo de la letra que mata. Igualmente la fuerza del Espíritu, deber ir acompañada con la fuerza de la Palabra y del Agape, para no caer en el espiritualismo individualista y egoísta. Finalmente la fuerza del agape debe ir junta con la fuerza de la Palabra y del Espíritu, para no caer en un asistencialismo estéril, funcional al sistema. Esta es la fuerza “Agape-Logos-Pneuma” que detiene el misterio de la iniquidad y que nos permite finalmente reconstruir la Esperanza con Misericordia, Palabra de Dios y Espíritu Santo.

La Biblia y el Misterio de Cristo (I.L. N° II) Primera parte

Cuando decimos que Jesucristo es la *plenitud de la revelación* hablamos de dos cosas distintas y complementarias. La palabra *revelación* nos remite a una de las características fundamentales de nuestra religión: es Dios mismo el que sale al encuentro de la persona humana.

El ser humano no podría dirigir su corazón y su vida en la búsqueda de Dios si no hubiera sido Dios mismo quien pusiera esa semilla de búsqueda en su corazón; de manera que entender a Dios como Aquél que se revela es un aspecto peculiar de la revelación cristiana.

Los cristianos creemos, en primer lugar, que Dios se ha revelado. La vida, la historia, los acontecimientos, son para los cristianos, el lugar privilegiado de la revelación de Dios. Dios nos habla en la vida. Creemos también que esta revelación de Dios en la vida se convirtió, en un momento determinado y a través de circunstancias muy complejas, en escritura sagrada, es decir, en memoria escrita de la revelación de Dios en la vida del pueblo.

Pero esto lo creemos junto con otras religiones como el judaísmo, por ejemplo. Lo que hace del cristianismo una cosa totalmente diversa, es que nosotros creemos que esa revelación de Dios en la historia alcanzó su *plenitud* en la persona de Jesús de Nazaret, a quien llamamos Cristo, es decir, Mesías.

Una vez que la revelación se ha convertido en texto, enfrentamos un nuevo problema. ¿Cómo interpretarlo? Es sabido por todos que las interpretaciones de un texto pueden ser múltiples, sin que por ello sean contradictorias o excluyentes. El texto escrito, como memoria de la revelación de Dios en la vida, es polivalente. Esta multiplicidad de enfoques interpretativos puede, sin embargo, conducirnos a una especie de anarquía hermenéutica. Partiendo desde el punto de vista negativo, ¿cómo distinguir una interpretación correcta de una falsa? ¿Cómo evitar hacer decir a Dios lo que nunca quiso decir? Viéndolo desde el punto de vista positivo, ¿Podemos saber qué es lo que Dios quiso y quiere decirnos a través de la Escritura? ¿Cómo sacar el mayor provecho a la lectura de unos textos antiguos, pero cuya validez es eterna y adaptable a todos los tiempos y culturas? Por eso es tan importante comprender la centralidad de Jesucristo en el misterio de la revelación de Dios.

La revelación es *histórica y progresiva*, es decir, tiene etapas diferentes que pueden diferenciarse y clasificarse. Así, una división fundamental es la de los dos testamentos, cuya relación de figura y cumplimiento, sombra y realidad, son insoslayables. Es en este sentido que hablaremos de Jesús como *plenitud* de la revelación. No todo tiene en la Biblia, pues, el mismo peso revelativo y teológico.

Una vez que se detectó el mensaje del texto a los lectores de la época en que se escribió, los lectores actuales deberán percatarse de lo permanente del mensaje. Sobre todo si el texto es del AT, deberán tratar de discernir lo que vale hasta el día de hoy, a la luz de la novedad traída por Cristo. Muchas cosas en el AT son transitorias, imperfectas, sombra y figura de lo que tenía que venir. Recordemos que la revelación del Señor (también en la Biblia) se fue dando en forma progresiva. Sólo se tratará de actualizar e inculturar lo que se detecta como permanente en el texto.

Ahora bien, dado que uno de los datos básicos de fe, al que no podemos renunciar bajo pena de perder nuestra identidad, es la centralidad de Cristo en el proceso de la revelación; y no sólo la centralidad, sino también la plenitud y el progreso que Él significa con respecto a toda la etapa preparatoria, que es el AT, habrá que centrarse en la persona de Jesús para mostrar en qué sentido es que Él es la plenitud y clave de interpretación de la Escritura.

Para hablar de la centralidad de Jesús, como clave de interpretación de la Escritura, puede elegirse dos caminos. El primero es mira a Jesús como plenificación del AT (continuidad, ruptura y superación), según es presentado por las diferentes cristologías que hay en el NT. Un segundo camino es el de considerar a Jesús de Nazaret, el hombre de carne y hueso que está detrás de toda la reflexión teológica del NT, como el criterio de comprensión de toda la revelación divina, incluyendo la bíblica: Es la persona de Jesús, su proyecto de vida manifestado en palabras y obras, su muerte y resurrección (DV 4), el elemento que nos permite acceder a una interpretación recta del conjunto de la revelación, sea del AT como del NT.

El misterio de Cristo en la Biblia (I.L. Nº II)

Segunda parte

Jesucristo es la realización de lo prometido y pre-figurado en el AT. Después de aclarar que, al hablar de Jesucristo, plenitud del AT., nos referimos al contenido del NT, hay que revisar algunos aspectos del NT en los que se menciona a Cristo como cumplimiento del AT. Así, la Carta a los Hebreos y el Evangelio de Mateo son mencionados como textos claves para comprender a Jesucristo como el cumplimiento último de las Escrituras. Los

términos “reino de Dios” y “salvación” son conceptos en los que se nos muestra cómo Jesús viene a cumplir las expectativas del pueblo antiguo de Israel.

Jesucristo es la plenitud del AT. De nuevo aparecen la Carta de los Hebreos y el Evangelio de Mateo como textos claves, junto con Gal 4,24ss. Atendiendo a estos textos y para mostrar con claridad en qué consiste la plenificación que Cristo le dio al AT, hay que considerar tres momentos: **continuidad**, donde se muestra cómo Jesús no se contrapone ni rompe del todo con el AT, sino que lo continúa, haciendo avanzar algunos conceptos claves de la revelación antigua, como la alianza, el concepto del hijo del hombre, de Mesías y de reino de Dios. El segundo momento es el de la **ruptura**, donde se muestra que Jesús puso punto final a algunos elementos fundamentales de la revelación antigua, como el culto sacrificial, el nacionalismo judío que se cerraba a otras naciones, la pertenencia al Israel de la carne para poder salvarse, etc. A partir de esta ruptura es como se da el último paso, la **superación**, por el cual Jesús lleva a plenitud lo anunciado en sombras en el AT; así, se proclama la perfección del sacrificio de Cristo por encima de los sacrificios antiguos, se hace notar que Jesús fundó un nuevo pueblo de Dios que supera al pueblo de la antigua alianza, el Israel de la carne.

Finalmente, vale la pena recordar las consecuencias hermenéuticas que pueden extraerse de esta novedad (continuidad, ruptura y superación) que representa Cristo en el conjunto revelativo. Mencionamos estas cuatro consecuencias:

- a) Prudencia al leer los textos del AT para no darles el mismo peso que a los del NT. Una lectura crítica del AT es indispensable, para no reproducir elementos del pasado, como suelen hacer algunos de los nuevos movimientos religiosos.
- b) La superación del AT nos prohíbe reproducir situaciones que, toleradas por el AT (¡y hasta mandadas por él!), ya no tienen lugar en relación con el mandamiento del amor proclamado por Jesús.
- c) No podemos desconocer el AT, so pena de no comprender lo nuevo del mensaje de Jesús. Es imprescindible una lectura atenta y meditativa de toda la Biblia, incluyendo el AT para descubrir la riqueza de la herencia que hemos recibido.

- d) No hay que dejar de señalar, en nuestra lectura, las rupturas que subrayan la progresividad de la revelación: amor en lugar de venganza, sacerdocio vital en vez de sacerdocio ritual, reino trascendente en vez de conquista simplemente política, etc.

De muchas maneras se puede presentar a Jesús como clave interpretativa de la Biblia, dado que es muy difícil encuadrar en reflexiones tan breves la riqueza inmensa del tema. Por eso, además de lo dicho antes, se puede revisar el tema de la centralidad del misterio de Jesús como clave de interpretación de la Escritura, desde otras perspectivas complementarias.

Aunque es cierto que, al hablar de Jesucristo como plenitud del AT nos estamos refiriendo a todo el evento de Cristo, vivido y predicado entre nosotros hace dos mil años; muerto y resucitado, reflexionado, celebrado y vivido en las primeras comunidades cristianas, vivo en la iglesia, también es cierto que toda esa reflexión riquísima que se plasmó después en el NT, tiene como fundamento la persona de Jesús de Nazaret, cuya memoria se recoge, de manera privilegiada, aunque no única, en los evangelios sinópticos.

Aclaremos lo que acabamos de decir. Una buena parte de nuestras ideas acerca de Jesús, ideas que alimentan nuestra vida cristiana, vienen de reflexiones desarrolladas durante casi veinte siglos. Pero nos ha hecho falta, muchas veces, descubrir en los evangelios a Jesús de Nazaret, campesino judío, maestro itinerante; nos ha hecho falta ver con claridad qué fue lo que su palabra y su acción provocaron entre la gente de su tiempo, en qué conflictos se metió por su fidelidad a Dios, cuáles fueron las causas de su condena a muerte. Decir, por ejemplo, que Cristo murió y resucitó por nuestra salvación, no nos exime de conocer las causas por las que Jesús fue aprehendido, juzgado y condenado a muerte. El carácter salvífico de la muerte de Jesús sólo se aprecia en plenitud si conocemos el entretejido humano y la conflictividad social que lo condujo a su final violento.

Cuando hablamos de Jesucristo no podemos olvidar que se trata de un judío, laico, hijo de un carpintero, que iba cada sábado a la sinagoga y que interpretaba las Escrituras de acuerdo a las normas de su tiempo. Este hombre singular, planteó a la gente de su tiempo una nueva manera de vivir y de relacionarse con Dios y con los demás. Se hizo de un grupo de seguidores y mostró, en gestos concretos, qué era lo que él entendía por Dios,

si había o no que cumplir con la Ley antigua, cuál era el criterio para discernir la voluntad de Dios. Su manera de vivir (palabras y obras) le granjeó seguidores y enemigos y provocó una crisis tal en la sociedad judía, que las presiones en su contra se materializaron en su aprehensión, la realización de un juicio y su condena a muerte. Esta muerte violenta con la que, al final, fue ejecutado, no se entiende sin la crisis que su modo de vida y su predicación causaron. Es en este sentido que muchos teólogos dicen que Jesús no se murió tranquilo, de vejez, en la cama de un hospital; que es un ajusticiado cuya muerte solo puede explicarse en el conjunto de sus palabras y sus actos concretos.

El Jesús histórico: criterio de lectura bíblica

El deseo de encontrar aquel núcleo histórico sobre el que se basa toda la reflexión cristológica posterior que compartimos los que formamos la iglesia, no es en manera alguna nuevo. Desde hace ya muchos años que muchos estudiosos de la Biblia han intentado acceder a Jesús de Nazaret y, a través del evangelio, desentrañar lo esencial de su mensaje y las causas de su final violento.

Mencionaré, solamente de paso, las tres etapas por las que ha pasado la investigación sobre la persona de Jesús ¹⁹. Una primera etapa puede llamarse la etapa del **positivismo histórico**, (1774 en adelante), en la que se pretendía arrancar la persona de Jesús de las deformaciones del dogma eclesiástico. Así, en esta etapa, se sometía a los evangelios escritos a una crítica racionalista y se interpretaba la vida de Jesús con hipótesis, a menudo, fantásticas. Hubo grandes esfuerzos y discusiones apasionadas, pero los esfuerzos fracasaron. Así surgió un gran escepticismo que fue alimentado por una serie de teólogos alemanes (Bultmann) que insistieron en que los evangelios son creaciones postpascuales y que, por lo tanto, no nos sirven para conocer quién y cómo era el “verdadero Jesús”, mostrando así un prejuicio que salta a la vista: como si todo lo que se dijera después de Jesús acerca de su persona fuera necesariamente falso o inauténtico.

La segunda etapa es la llamada etapa de la **nueva cuestión**, (inició en 1953), en la que se declaró que la investigación sobre la persona de Jesús es irrenunciable y que había que revisar los evangelios, con criterios históricos

y científicos, para evocar de manera suficiente la realidad histórica de Jesús. Esta nueva etapa se basaba en un presupuesto acertado: el desarrollo cristológico no es una pura invención o una tergiversación de la realidad histórica, sino que es un desarrollo, una explicitación de una posibilidad de sentido que se basa en el Jesús histórico, sin el cual no podría existir.

En torno a 1980 se inició una nueva etapa, llamada la etapa de la **tercera cuestión**. Se pretende situar de nuevo a Jesús en su contexto socio-histórico, enraizado en el pueblo judío. Esta nueva línea de investigación pretende enriquecer nuestro conocimiento de Jesús con los resultados de los últimos estudios de la sociología, de la antropología cultural, de la arqueología y con el recurso a la literatura apócrifa (es decir, no canónica) tanto judía como cristiana. A diferencia de las dos etapas anteriores, llevadas adelante casi en su totalidad por especialistas germanos, las investigaciones de esta tercera etapa provienen fundamentalmente del mundo anglosajón.

Los Obispos reunidos en Sínodo no son investigadores, ni tienen el cometido de meterse en profundidad en estudios de esta envergadura. Son responsables de la pastoral de la iglesia, trabajadores de la pastoral bíblica y les interesa difundir con mayor provecho la Palabra de Dios entre sus hermanos y hermanas. Sin embargo, no pueden, si quieren tratar el tema de Jesucristo como clave de interpretación de las Escrituras, soslayar el reto de conocer la persona de Jesús y discernir, en lo esencial de su mensaje y de su vida, el criterio último de una lectura “cristiana” de la Biblia.

Así pues, ha de partirse de la fe común de la iglesia que todos profesamos. El misterio de Jesús, muerto y resucitado, es el centro de nuestra existencia. Este misterio de Jesús está basado en el conocimiento del Jesús de la historia, pero tal y como ha sido interpretado a lo largo de los siglos por la reflexión eclesial. Una síntesis privilegiada, elaborada en los primeros siglos de la vida cristiana, es el NT. En el conjunto del NT resaltan, de manera singular, los evangelios.

De este modo, basados en la tradición del NT y, en particular, en los evangelios sinópticos, han de descubrirse las características del proyecto de Jesús de las que puede desprenderse toda una hermenéutica de la Palabra, es decir, rasgos de la vida y del mensaje de Jesús que nos permitan leer con ojos nuevos todo el conjunto de la revelación bíblica.

No hay que olvidar que, al revisar los evangelios sinópticos en busca de las líneas fundamentales del proyecto/utopía de Jesús en lo que toca a su interpretación de la voluntad de Dios, habrá que considerar, no solamente las ideas sostenidas por Jesús en su predicación oral, sino a sus gestos y acciones que encerraban un mensaje para quienes convivían con él. Todo lo anterior debe hacerse, claro, teniendo en cuenta que nos topamos, no con documentos biográficos de comprobable exactitud histórica, sino con relecturas postpascuales de la persona de Jesús de Nazaret y de su obra, documentos que reflejan, por tanto, intereses de los escritores y de los destinatarios, todos ellos cristianos de la primera y segunda generación.

Biblia, Magisterio y Tradición

La fidelidad a la Iglesia, a la Tradición y al Magisterio es tan importante para la interpretación de la Biblia, tanto como lo es la raíz para un árbol. Sin ella, el árbol muere. Presentamos aquí diez normas hermenéuticas que, a lo largo de los siglos, animaron y orientaron la lectura de la Biblia en la Iglesia. Ellas son como un resumen de los criterios que deben orientar la lectura e interpretación de la Biblia. Estas normas fueron recogidas, en gran medida, en el Documento Conciliar Dei Verbum (DV)²⁰ y en las encíclicas papales.

I. Creer que la Biblia es Palabra de Dios (DV, II)

Lo que más caracteriza la lectura cristiana de la Biblia es la fe de que la Biblia es Palabra de Dios. Por ser Palabra de Dios es que la Biblia tiene esa autoridad. La Palabra de Dios, sin embargo, no está sólo en la Biblia. Dios también habla a través de la vida, de la naturaleza, de la historia (DV, 3). La lectura de la Palabra escrita de la Biblia ayuda a descubrir la Palabra viva del Dios de la Vida

Existe un vínculo entre la Creación y la Salvación, puesto que ambos son fruto de la Palabra de Dios. “Dios que crea” (Cf. Jn 1,3) y conserva todas las cosas por el Verbo, ofrece a los hombres, en las cosas creadas, un testimonio perenne de sí mismo” (Cf. Rom 1,19-20) (DV, 3). San Agustín enseña que Dios escribió dos libros. El primer libro es la creación, la naturaleza, la vida. El segundo libro es la Biblia, inspirada por Dios para

“devolvernos la mirada de la contemplación”, para que podamos leer e interpretar mejor el Libro de la Vida y de la Naturaleza.

Por ser Palabra de Dios, la Biblia, cuando “es leída e interpretada en aquel mismo espíritu en que fue escrita (DV, 12), comunica a todos aquellos que la leen, la luz y la fuerza de este mismo espíritu. Por eso, la Palabra de Dios tiene fuerza para realizar lo que transmite (DV, 21).

2. Es Palabra de Dios en lenguaje humano (DV, 12)

El lenguaje usado por Dios para comunicarse con nosotros, a través de la Biblia, es, en todo sentido, igual al nuestro, menos en el error y en la mentira. Por eso debe ser interpretado con la ayuda de los mismos criterios que se usan para interpretar el lenguaje humano: crítica textual, crítica literaria, investigación histórica, etnología, arqueología, etc. (DV, 12). Si hacemos lo opuesto, caemos en el error del fundamentalismo, que tanto mal hace, pues desliga la Biblia del contexto de la realidad humana de aquella época, aísla al lector y a la lectora de la comunidad y de la tradición y separa la vida de la fe. El fundamentalismo fue condenado en el documento de la Pontificia Comisión Bíblica²¹.

Bajo la presión de los problemas que cuestionan la fe, surgen siempre nuevos métodos de análisis de los textos bíblicos. El Papa Juan Pablo II, en su discurso a la Pontificia Comisión Bíblica (1989) reconoció la legitimidad del uso de estos métodos. El Papa dijo: “La gran variedad de los métodos puede, a veces, dar la impresión de una cierta confusión. Pero también tiene la ventaja de hacernos percibir la inagotable riqueza de la Palabra de Dios”²². La propia Pontificia Comisión Bíblica en su más reciente documento analiza y avala la variedad de métodos²³. Al mismo tiempo, es bueno tener clara conciencia de los límites de cada método.

3. Dios se revela a sí mismo en su Palabra (DV, 20)

El pueblo cristiano gestiona y encuentra en la Biblia “el conocimiento de Dios y del hombre, y el objeto por el cual el justo y misericordioso Dios trata con los hombres” (DV, 15). La lectura Orante hace que el modo de pensar de Dios, poco a poco, se vuelva nuestro modo de pensar. Por ello, ella nos ayuda a descubrir y acabar en nosotros, las falsas ideologías y nos

ayuda para que aprendamos a mirar la vida con los ojos de Dios.

Antes que ser un catálogo de verdades, la Biblia es una revelación de la gracia y de la misericordia de Dios (DV, 2). ¡Él nos amó primero! Para los pobres y oprimidos, esta revelación significa, desde siempre, que Dios se inclina para escuchar su clamor y estar con ellos en su aflicción, para caminar con ellos y liberarlos del cautiverio (Ex 3,7-8; Sal 91,14s).

El objetivo primero de la Biblia es ayudarnos a descubrir en la vida la presencia amiga de Dios y experimentar su amor liberador. Este es el culmen de toda la relevación expresada en el nombre de YHWH, Dios-con-nosotros. La lectura de la Biblia funciona como un colirio que va limpiando los ojos. Como dice San Agustín, ella devuelve la mirada de contemplación que nos fue robada por el pecado²⁴.

Esta revelación y experiencia de Dios son fruto, al mismo tiempo, de la gracia de Dios y del esfuerzo humano. Por un lado, la revelación que Dios hace de sí mismo provoca nuestra colaboración y participación, y exige observancia de la Alianza. Por otro lado, ella “nos hace participar de los bienes divinos que superan enteramente la capacidad de la mente humana” (DV, 6). Eficiencia y gratuidad, lucha y fiesta, naturaleza y gracia, todo se mezcla en el conflictivo caminar con dirección a Dios. Esta mirada liberadora, nacida de Dios, libera y abre el sentido de la Biblia.

4. Jesús es la clave principal de la Sagrada Escritura (DV, 2.4.16)

Para nosotros cristianos, Jesús es el centro, la plenitud y el objetivo de la revelación que Dios viene haciendo de sí mismo, desde el Antiguo Testamento (DV, 2.3.4.15.16.17). “Los libros del Antiguo Testamento adquieren y manifiestan su plena significación en el Nuevo Testamento y, al mismo tiempo, iluminan y explican el Antiguo Testamento” (DV, 16). Sin el Antiguo Testamento no se entiende el Nuevo, y sin el Nuevo no se entiende el Antiguo.

La experiencia viva de Jesús en la comunidad es luz nueva para nuestros ojos y nos ayuda a entender todo el sentido del Antiguo Testamento (DV, 16). Cristo está de nuestro lado, mirando con nosotros al Antiguo Testamento, aclarándolo con la luz de su presencia. *Novum in Vetere latet, Vetus in Novo patet* (S. Agustín).

Todo esto tiene una actualidad muy grande. No se trata sólo de descubrir cómo los primeros cristianos pudieron encontrar las figuras de Jesús en el Antiguo Testamento (DV, 15). Se trata, sobre todo, de hacer hoy lo que ellos hicieron, a saber: descubrir cómo nuestro “antiguo testamento”, es decir, nuestra historia personal y comunitaria, está siendo empujada por el Espíritu de Dios hacia la vida plena en Cristo. La conversión a Cristo rompe el velo de los ojos y nos hace entender el sentido de la Biblia y de la vida (2Cor 3,16).

Por un lado, la Biblia ayuda a entender y a profundizar aquello que estamos viviendo en Cristo. Por otro lado, nuestra vida y nuestra práctica nos ayudan a entender mejor el sentido cristológico de la Escritura. Antiguamente, este sentido era llamado “sentido espiritual”, porque era el *Espíritu* quien nos ayudaba a descubrir el sentido que el texto antiguo tenía para nosotros hoy. También era llamado “sentido simbólico”, pues unía (*sym - ballo*) la vida y la Biblia.

5. Aceptar la lista completa de los libros (DV, 16)

Existen dos listas de libros inspirados: la lista *judía*, que comprende lo nosotros llamamos el Antiguo Testamento, y la lista *cristiana*, que comprende los libros del Antiguo y el Nuevo Testamento. Aceptar la lista completa es aceptar la unidad de los dos Testamentos y admitir que una misma economía divina une los dos Testamentos en un único proyecto de salvación y de liberación; proyecto que sólo se revela plenamente en la medida en que lo *Antiguo* para a ser *nuevo*.

Este *paso* del Antiguo al Nuevo Testamento comenzó en el momento de la Resurrección de Jesús y aún no termina. A cada momento, nuevos pueblos, nuevas personas y nuevos sectores de nuestra vida personal y comunitaria van entrando en el “Camino” (Hch 9,2; 18,25.26). Este *paso*, pascua, lo envuelve todo y a todos, pues todo fue creado por Dios para Cristo (Col 1,16). Así, cada persona, cada grupo, cada comunidad, pueblo o nación tiene *su* Antiguo Testamento, tiene *su* historia de salvación y debe hacer *su* paso de lo Antiguo a lo Nuevo. En otras palabras, debe profundizar su vida, hasta descubrir en la raíz, la presencia amiga y gratuita de Dios, empujando todo para que llegue a la vida plena en Cristo.

La Biblia, con sus dos Testamentos, es la norma, el *canon* dado por Dios, para ayudarnos en el discernimiento y en la realización de nuestra *pascua* de salvación y de liberación. “Renovar” es hacer que lo *Antiguo* se vuelva *Nuevo*.

6. La Biblia es el libro de la Iglesia (DV, 21)

Cuando nos reunimos en torno a la Palabra de Dios, formamos un pequeño santuario o tabernáculo, tan santo en cuanto que es el tabernáculo que contiene el Cuerpo de Cristo. Los innumerables pequeños santuarios que, así, se esparcen por el mundo, sobre todo entre los pobres, son las puntas finas y frágiles de la raíz que dan fuerza y vigor al árbol de la Iglesia. Estos pequeños santuarios, en torno a la Palabra de Dios, son el lugar donde la Iglesia nace, como el agua nace de su fuente. En la Iglesia existen el *Libro* y el *Cáliz* (Juan XXIII), la Palabra de Dios y el Cuerpo de Dios (DV, 21).

La Biblia no es, en primer lugar, un libro de piedad individual, ni una cartilla de transformación social, sino que es el libro de la fe de la comunidad, libro de cabecera. La Palabra de Dios genera la comunidad. Interpretar la Palabra de Dios no es una actividad individual del exegeta que estudió un poco más que los otros, sino que debe ser una actividad comunitaria en la que todos participan, cada uno a su modo y con sus dones, inclusive el exegeta.

De este modo, surge y crece el sentido común, aceptado y compartido por todos. Es el “*sensus ecclesiae*” o “*sensus fidelium*” o “sentido de fe de la Iglesia”, con el cual todos se comprometen como si fuese con el mismo Dios. Este “sentido de fe de la Iglesia”, cuando es compartido por todos, en los Concilios Ecuménicos –y expresado por el Magisterio, crea el cuadro de referencia dentro del cual se debe leer e interpretar la Biblia.

7. Tener en cuenta los criterios de la fe (DV, 12)

No basta la razón para poder captar todo el sentido que la Biblia tiene para nuestra vida. Es necesario que también tengamos en cuenta los criterios de la fe para leer la Biblia “en aquel mismo espíritu en que fue escrita” (DV, 12). Los criterios de la fe son tres: “atender con diligencia al con-

tenido y a la *unidad* de toda la escritura, tomando en cuenta la tradición viva de la Iglesia toda y la analogía de la fe” (DV, 12). O sea la interpretación cristiana de la Biblia debe tener en cuenta: (1) la “unidad de toda la Escritura”, es decir la Visión Global de la Biblia; (2) la “tradición viva de la Iglesia”, dentro de la cual la Biblia fue instituida y transmitida; (3) la “analogía de la fe”, es decir la vida de la Iglesia, dentro de la cual, y en función de la cual, la Biblia es leída e interpretada. Los tres tienen un mismo objetivo: descubrir el sentido pleno de la Escritura, impedir que su uso sea manipulado y evitar que el texto sea aislado del contexto histórico y de la tradición eclesial que lo instituyó y transmitió. Veamos cada uno de los tres criterios:

1. *La unidad de toda la Escritura.* La Biblia es un conjunto, donde cada libro y cada frase tienen su lugar. La función que cumple es revelarnos el Proyecto de Dios. Sus varias partes son como ladrillos de una gran pared: juntos forman el diseño del Proyecto de Dios. Este criterio de la *Unidad de la Escritura* prohíbe aislar los textos, arrancarlos de su contexto, y repetirlos como verdades aisladas y absolutas. Un ladrillo solo no hace una pared. Un solo trazo no hace un diseño de rostro. La Biblia no es un camino de ladrillos, sino una casa donde se puede habitar.

2. *La tradición viva de la Iglesia.* La Tradición envuelve a la Biblia antes, durante y después. Antes de ser escrita, la Biblia fue narrada. Luego fue escrita dentro de un proceso de transmisión de las historias y tradiciones del pueblo. Finalmente, una vez escrita, continuó –y continúa– siendo transmitida de generación en generación, hasta hoy. En otras palabras, no cayó, de pronto, del cielo, sino que nació dentro y en función de una situación concreta del pueblo de Dios. Como tal, debe ser leída y vivida.

3. *Tener en cuenta la analogía de la fe.* El texto no debe ser leído sólo dentro del conjunto de la Biblia o sólo dentro del conjunto de la Tradición, sino también dentro del conjunto de la vida actual y de la fe de la Iglesia. Debe obedecer no sólo a las exigencias de fe de aquel entonces, sino también a las exigencias de fe de hoy. La fidelidad a la Palabra exige que ella se vuelva contemporánea a los hombres de hoy (Paulo VI)²⁵. Es decir, se debe tener en cuenta las dificultades que tiene el hombre moderno para creer.

8. Tener en cuenta los Criterios de la Realidad (Paulo VI)

Los criterios de la realidad se sitúan en dos niveles: la realidad del tiempo en que fue escrita la Biblia y la realidad del pueblo que lee hoy la Biblia. Ambas tienen sus exigencias que deben ser tomadas en cuenta en la interpretación.

1. *La realidad del tiempo en que fue escrita.* “El intérprete debe transportarse con el pensamiento a aquellos tiempos antiguos del Oriente” (Pío XII)²⁶. Con la ayuda de las ciencias, el intérprete establece el sentido-*en sí* del texto y lo prepara para que el lector pueda descubrir en él el sentido *espiritual* que allí existe para nosotros. En otras palabras, el intérprete establece “una cierta connaturalidad entre los intereses actuales y el asunto del texto, para que se pueda estar dispuesto a oírlo” (Paulo VI)²⁷.

2. *La realidad del pueblo que hoy lee la Biblia.* La Biblia nació de la preocupación del pueblo de reencontrar, en la realidad conflictiva de cada época, las señales de la presencia y demandas de Dios. Por eso, el propio Jesús explicó la Biblia partiendo de la realidad y de los problemas de los dos discípulos de Emaús: “¿De qué van conversando ustedes?” (Lc 24,17). No basta que el intérprete exponga el sentido histórico del texto. Él debe exponerlo también “con relación al hombre contemporáneo” (Paulo VI)²⁸. Esto significa tener en cuenta la realidad que hoy nos envuelve, y tener una visión crítica de esta realidad, para no ser víctima de la ideología dominante.

Así, usando este doble criterio de la realidad, descubrimos el *campo humano común*, que une al pueblo de Dios de hoy con aquel pueblo de Dios de la Biblia, en una misma situación delante de Dios, lo cual crea una apertura para percibir el alcance del texto en nuestra realidad

9. Lectura Orante de la Biblia (DV, 25)

“La Sagrada Escritura debe ser leída en aquel mismo espíritu en que fue escrita” (DV, 12). Dado que el descubrimiento del sentido no depende sólo de la fuerza de la inteligencia, sino también de la acción del Espíritu que sólo se consigue por la oración (Lc 11,13). Por eso, la lectura de la Biblia “debe ser acompañada de la oración, a fin de que se establezca un coloquio entre Dios y el ser humano, pues ‘con Él hablamos cuando reza-

mos; lo oímos cuando leemos los divinos oráculos’” (DV, 25). El reciente documento de la Pontificia Comisión Bíblica sobre la Interpretación de la Biblia en la Iglesia presta una grande atención a la Lectura Orante de la misma²⁹.

En este punto, la lectura del pueblo de las Comunidades Eclesiales de Base nos da una lección. El pueblo cubre su lectura con la oración, y con el canto crea un ambiente comunitario de fe, donde el Espíritu puede actuar, accionar libremente y revelar el sentido que el texto antiguo tiene para nosotros hoy.

Esto significa que se debe crear un ambiente de silencio, de escucha y de compartir, al tiempo que se tiene una preocupación constante en profundizar la vida del pueblo con sus problemas, permitiendo que las alegrías y tristezas del pueblo estén en nuestra mente y en nuestro corazón.

10. Toda la interpretación al servicio de la Evangelización (Juan Pablo II)

La interpretación de la Biblia no tiene finalidad en sí misma, sino que está al servicio de la vida y de la misión de la Iglesia. La misión principal es la evangelización, el anuncio de la Buena Noticia de Dios (Mc 1,14). “En la Iglesia, todos los métodos de interpretación deben estar, directa o indirectamente, al servicio de la evangelización” (Juan Pablo II)³⁰.

Para que esto pueda ocurrir son necesarias dos cosas: (1) Durante todo el tiempo de lectura de la Biblia tener presente la realidad del pueblo que va a ser evangelizado; (2) Para que la comunidad sea realmente evangelizadora debe permitir que la palabra la transforme en ejemplo vivo del Evangelio que anuncia. Toda nuestra vida debe ser alimentada y permeada por la Palabra de Dios, al punto de “iluminar la mente, fortalecer la voluntad e inflamar el corazón” (DV, 23).

La lectura popular de la Biblia

El Santo Padre Benedicto XVI apuntó a la Lectura Popular de la Biblia como una de las grandes contribuciones de América Latina para la vida la Iglesia. En la Lectura Popular renace y reaparece la intuición profunda y muy tradicional de la fe del Pueblo de Dios, a saber: Dios nos habla hoy y la Biblia nos ayuda a descubrir su Palabra en la vida y en los acontecimientos de la comunidad

1. Palabra de Dios

La Biblia es reconocida y acogida por el pueblo como *Palabra de Dios*. Esta fe ya existía antes de la llegada de la lectura popular de la Biblia. Es a esta raíz o tronco bien plantado de la fe popular al que unimos todo nuestro trabajo en torno a la Biblia. Es lo que caracteriza la lectura que hacemos de la Biblia en América Latina. Sin esta fe, todo el proceso y todo el método serían diferentes. “No eres tú quien sostiene la raíz, sino la raíz la que te sustenta a ti” (Rom 11,18).

2. Fiel a la Tradición

Al leer la Biblia, el pueblo de las Comunidades trae consigo su propia historia y tiene ante sus ojos los problemas que observa en la dura realidad de la vida. La Biblia aparece como un espejo, *sim-bolo* (Heb 9,9; 11,19), de aquello que él mismo vive hoy. Se establece, así, una conexión profunda entre la Biblia y la vida que, a veces, puede dar la impresión aparente de un concordismo superficial. En realidad, es una lectura de fe, muy semejante a la lectura que hacían las comunidades de los primeros cristianos (Hch 1,16-20; 2,29-35; 4,24-31) y los Santos Padres en los primeros siglos de las iglesias.

3. Emmanuel, Dios con nosotros

A partir de esta nueva ligazón entre Biblia y vida, los pobres ponen al descubierto la *mayor* de todas las revelaciones: “Si Dios estuvo con aquel pueblo en el pasado, entonces Él está también con nosotros en esta lucha que hacemos para liberarnos. ¡Él también escucha nuestro clamor!” (Cf. Ex 2,24; 3,7). Así, va naciendo de forma silenciosa, una nueva experiencia de

Dios y de la vida, que se vuelve el criterio más determinante de la lectura popular, el cual aparecer en todas sus explicaciones e interpretaciones. Mirar no es observarse a sí misma.

4. Libro de la Vida y de cada día

Antes de que el pueblo tenga un contacto más vivo con la Palabra de Dios, para muchos –sobre todo en la Iglesia católica– la Biblia era lejana. Era el libro de los “padres”, del clero. ¡Pero ahora ella está cerca! Lo que era misterioso e inaccesible comenzó a ser parte de la vida cotidiana de los pobres. ¡Y junto con su palabra, el mismo Dios llegó a estar cerca! “Ustedes que antes estaban lejos han sido traídos para que estén cerca (Ef 2,13). Difícil para uno de nosotros, poder avalar la experiencia de novedad y de gratuidad que esto representa para los pobres.

5. Escrita para nosotros

Así, poco a poco, fue surgiendo una nueva manera de mirar la Biblia y de interpretarla. La Biblia ya no es vista como un libro extraño que pertenece al clero, sino que es vista como *nuestro libro*, “escrito para nosotros que tocamos el fin de los tiempos” (ICor 10,11). A veces, para algunos, ella llega a ser el primer instrumento para un análisis más crítico de la realidad que hoy vivimos. Respecto a una empresa que oprime al pueblo, los miembros de la comunidad dirían: “¡Es el Goliath que tenemos que enfrentar!”.

6. Revela al Dios de la vida

Está en curso un descubrimiento progresivo de que la Palabra de Dios no está sólo en la Biblia, sino también en la vida, y que el objetivo principal de la lectura de la Biblia no es interpretar la Biblia, sino interpretar la vida con la ayuda de la Biblia. Se descubre que Dios habla hoy a través de los hechos. Esto crea un entusiasmo muy grande, no tanto por causa de las cosas nuevas que vamos descubriendo en la Biblia, sino y mucho más, a causa de la confirmación que recibimos de que el camino que estamos haciendo es un caminar bíblico que nos ayuda a renovar la esperanza. La Biblia ayuda a descubrir que la Palabra de Dios, antes aun de ser leída en la Biblia, ya existía en la vida. “¡En verdad, el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía!” (Gen 28,16).

7. Buena Noticia para los pobres

La Biblia entra en la vida del pueblo por otra puerta: no por la puerta de la imposición autoritaria, sino por la puerta de la experiencia personal y comunitaria. Ella se hace presente, no como un libro que impone una doctrina de arriba hacia abajo, sino como una Buena Noticia que revela la presencia liberadora de Dios, en la vida y en la lucha del pueblo. Los que participan de los grupos bíblicos se encargan de divulgar esta Buena Noticia y de atraer a otras personas para que participen de esta Buena Noticia. “¡Vengan a ver un hombre que me contó toda mi vida!” (Jn 4,29). Por eso, nadie sabe cuántos grupos bíblicos existen. ¡Sólo Dios sabe!

8. Orienta el estudio de la Biblia

Leyendo así la Biblia, se produce una iluminación mutua entre Biblia y vida. El sentido y alcance de la Biblia aparecen y se enriquecen a la luz de lo que se vive y se sufre en la vida y viceversa. Para que se produzca esta unión profunda entre la Biblia y la vida es importante: (a) Tener presente las preguntas reales sobre lo que se ve en la vida y en la realidad de sufrimiento de hoy. Aquí aparece nítida la importancia de que el estudioso de la Biblia conviva y tenga una experiencia pastoral inserta en medio del pueblo. (b) Descubrir que se pisa el mismo suelo, antes y ahora. Aquí aparece nítida la importancia del uso de las ciencias y del buen sentido, tanto para el análisis crítico de la realidad de hoy, como para el estudio del texto y de su contexto social. (c) Tener una visión global de la Biblia, que envuelva a los propios lectores y lectoras y que esté muy ligada a la situación concreta de sus vidas.

9. Lectura envolvente

La interpretación que el pueblo hace de la Biblia es una actividad envolvente que comprende no sólo la contribución intelectual del exegeta, sino también, y sobre todo, implica un proceso de participación de la Comunidad: trabajo y estudio de grupo, lectura personal y comunitaria, teatro, celebraciones, oraciones, recreación, “en fin, todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, amado, honroso, virtuoso, o que de cualquier manera merece alabanza” (Flp 4,8). Aquí aparece la riqueza de la creatividad popular y la ampliación de las intuiciones que van naciendo.

10. Ambiente comunitario de fe

Para una buena interpretación, es muy importante el ambiente de fe y de fraternidad, a través de cantos, oraciones y celebraciones. Sin este *contexto* del Espíritu, no se llega a descubrir el sentido que el texto tiene para nosotros hoy. Pues, el *sentido* de la Biblia no es sólo una idea o un mensaje que se capta con la razón y se objetiva a través de raciocinios; es también un *sentir*, una consolación, una confortación que se siente con el corazón, “para que, por la perseverancia y la por la consolación que nos proporcionan las Escrituras, tengamos esperanza (Rom 15,4).

La Lectio Divina

Jesús pasaba noches en oración, meditando la Escritura. Él podía decir: “El Señor me concedió el don de hablar como su discípulo, para saber llevar una palabra de consolación a quien esté desanimado. Cada mañana Él me despierta, despierta mi oído, para que lo escuche como un discípulo (Is 50,4). Este es el sentido y el objetivo de la Lectio Divina diaria.

1. “¡Qué se haga en mí según tu palabra!”

Al iniciar la Lectio Divina, usted va a leer la Biblia para escuchar lo que Dios le tiene que decir, para conocer su voluntad y vivir mejor el Evangelio de Jesucristo. En usted debe primar la pobreza y la disposición que el anciano Helí recomendó a Samuel: “*Habla Señor que tu siervo escucha*” (1Sam 3,10). Debe tener la misma actitud obediente de María: “*Hágase en mí según tu Palabra*” (Lc 1,38).

2. Pedir al Espíritu Santo: “¡Pidan y recibirán!”

El punto de partida de la Lectio Divina debe ser la humildad. Para poder escuchar la Palabra de Dios es necesario que usted se prepare, vigilando en la oración, pidiendo que Él mande su Espíritu. Pues, sin la ayuda del Espíritu de Dios, no es posible descubrir el sentido que la Palabra de Dios tiene para nosotros hoy (Cf. Jn 14,26; 16,13; Lc 11,13).

3. Crear un ambiente de recogimiento y de escucha

Leer la Biblia es como frecuentar un amigo. Los dos exigen el máximo de atención, respeto, amistad, entrega y escucha atenta. Para ello, usted debe aprender a cultivar el silencio dentro de sí, durante el tiempo de la Lectura Orante. Y recuerde: una buena y digna posición del cuerpo favorece el recogimiento de la mente.

4. Recibir la Biblia como el Libro de la Iglesia y de la Tradición

Abriendo la Biblia usted debe estar bien consciente de que está abriendo un libro que no es suyo, sino de la comunidad, de la Iglesia. Haciendo la Lectio Divina, usted está entrando en el gran río de la Tradición de la Iglesia, que atraviesa los siglos. Mientras está haciendo su Lectura Orante de la Biblia, usted no está solo, sino que está unido a los hermanos y las hermanas de las muchas comunidades e iglesias que, antes que usted, procuran “meditar día y noche en la ley del Señor” (Sal 1,3). ¡Son muchos! Han sido muchos y muchas que no sabían leer el texto escrito, pero que sabían leer el texto de la vida en el rostro de sus hermanos y hermanas.

5. Tener una correcta actitud frente a la Biblia

Hacer la Lectio Divina es como subir una escalera de cuatro gradas que nos lleva hasta Dios: Lectura, Meditación y Oración terminan en un cuarto escalón que es la Contemplación.

1º PASO: **Lectura.** Antes que nada, usted debe tener la preocupación por investigar: “¿Qué dice el texto en sí mismo?”. Esto exige silencio. Dentro de usted todo debe ser silenciado para que nada le impida escuchar lo que el texto quiere decirle, no sea que haga decirle al texto sólo aquello que a usted le gustaría oír.

2º PASO: **Meditación.** Usted también debe preocuparse por preguntar: “¿Qué me dice el texto a mí y a nosotros?”. En este segundo paso usted entra en diálogo con el texto para que el sentido se actualice y penetre en su vida. Hacer como María que rumió aquello que escuchó (Lc 2,19.51), pues sólo así se descubre que “la Palabra de Dios está muy cerca de ti: está en tu boca y en tu corazón, para que la pongas en práctica” (Deut 30,14).

3º PASO: **Oración.** A más de todo lo dicho, usted debe preocuparse siempre en descubrir: “¿Qué me hace decirle el texto a Dios?”. Es la hora de las preces, el momento de vigilar en oración. Hasta ahora, Dios le habló a usted; llegó la hora de responderle.

4º PASO: **Contemplación.** Contemplación es saborear, desde ya, algo del amor de Dios, que supera todas las cosas; es comenzar a ver el mundo y la vida con los ojos de los pobres, con los ojos de Dios; es asumir la propia pobreza y eliminar de su modo de pensar todo aquello que se ve de los poderosos; es tomar conciencia de que muchas cosas que usted pensaba que eran fidelidad al Evangelio, en realidad no eran más que fidelidad a sus propios intereses e ideas; es mostrar con la vida que el amor de Dios se revela en el amor al prójimo; es decir siempre “que se haga en mí según tu Palabra” (Lc 1,38).

6. Ponerse bajo el juzgamiento de la Palabra de Dios

La Lectio Divina es un momento fuerte de confrontación entre la voluntad de Dios y las propias aspiraciones. Meditar la palabra de Dios es hacer lo que hacía el hijo pródigo cuando estaba lejos de la casa del Padre: caer en cuenta y confrontarse con la vida en la Casa del Padre y con la Palabra de Dios; resolver un cambio de idea y de vida, por más doloroso que eso sea; ponerse de pie y decidir volver al Padre, para estar con los hermanos y las hermanas.

7. Procurar por todos los medios que la interpretación sea fiel

Para que la Lectio Divina no se quede en meras conclusiones de los propios sentimientos y pensamientos, sino que tenga una firmeza mayor, es importante tener en cuenta tres exigencias fundamentales:

1ª EXIGENCIA: **confrontar con la fe de la Iglesia.** Confronte siempre el resultado de su lectura con la comunidad a la que usted pertenece, con la fe de la Iglesia viva. Lo contrario puede hacer que su esfuerzo no vaya a ningún lugar (Gal 2,2) Pues es allí, en la pequeña comunidad eclesial, alimentada y sustentada por la Palabra de Dios, que nace la fe de la Iglesia, así como de una pequeña fuente nace el río que riega la tierra.

2ª EXIGENCIA: **confrontar con la realidad**. Confronte siempre aquello que usted lee en la Biblia y con la realidad que vivimos. Cuando la Lectio Divina no alcanza su objetivo en nuestra vida, la causa no siempre es la falta de oración; a veces es la falta de atención a la fe de la Iglesia o la falta de estudio crítico del texto. Muchas veces, es simplemente falta de atención a la desnuda y cruda realidad que vivimos. Decía Casiano: “Quien vive en la superficialidad, no alcanza la fuente de los Salmos”.

3ª EXIGENCIA: **confrontarse con el resultado de la exégesis**. Confronte siempre las conclusiones de su lectura con los resultados de la exégesis que investiga el sentido de la Letra. La Lectio Divina debe procurar el sentido del Espíritu (2Cor 3,6). Por eso, querer establecer el sentido del Espíritu, sin fundamentarlo en la Letra, es lo mismo que construir un castillo en el aire, como decía san Agustín. Es caer en el engaño del fundamentalismo.

8. Imitar el ejemplo de San Pablo

El apóstol Pablo fue un buen intérprete de la sagrada Escritura. Él procuraba tener presente la fe de Jesucristo, pues tal como él mismo lo dice, sólo por la conversión a Jesús es que el velo cae y la Escritura nos revela su sentido (2Cor 3,16) y nos comunica la sabiduría que lleva a la salvación (2Tim 3,15). Pablo hablaba de Jesús crucificado (2Cor 2,2), escándalo para unos y locura para otros, pero para nosotros expresión de la sabiduría de Dios (1Cor 1,23-24). Fue la fe en Jesús la que le abrió los ojos para percibir la Palabra viva en medio de los pobres de la periferia de Corinto, donde la locura y el escándalo de la cruz estaban confundiendo a los sabios y a los poderosos de este mundo (1Cor 1,21-31). Pablo se liberó de la prisión de la letra que mata y descubrió el sentido que el Espíritu de Jesús nos comunica (2Cor 3,6). Él interpretaba la Biblia a partir de los problemas del pueblo de las comunidades por él fundadas (1Cor 10,1-13) y decía que la misma comunidad era una carta de Cristo (2Cor 3,3). Pablo se consideraba destinatario de la Biblia: “Todo fue escrito para nuestra instrucción, para nosotros que vivimos en este fin de los tiempos” (1Cor 10,11; Rom 15,4).

9. Descubrir en la Biblia el espejo de lo que vivimos hoy

Al hacer la Lectio Divina debe tener muy presente que el texto de la Biblia es sólo una ventana por donde usted mira para saber que ocurrió con

los demás en el pasado; es también un espejo, un “símbolo” (Heb 11,19) donde usted mira para saber que está pasando con usted mismo, ahora (1Cor 10, 6-10). La Lectura Orante diaria es como una lluvia que va fecundando el terreno (Is 55,10-11). Entrando en diálogo con Dios y meditando su Palabra, usted crece como árbol plantado a la vera de los arroyos (Sal 1,3). Usted no ve cómo crece, pero percibe el resultado en el encuentro renovado consigo mismo, con Dios y con los otros.

10. Seguir los tres pasos del método que Jesús usó con los discípulos en la estrada de Emaús

El **primer paso**: aproximarse a las personas, escuchar su realidad y sus problemas; ser capaz de hacer preguntas que ayuden a ver la realidad con una mirada más crítica (Lc 24,13-24). El **segundo paso**: con la luz de la Palabra de Dios iluminar la situación que los hace sufrir y huir de Jerusalén a Emaús; usando la Biblia, hacer arder el corazón (Lc 24,25-27). El **tercer paso**: crear un ambiente orante de fe y de fraternidad, donde pueda actuar el Espíritu que abre los ojos, nos hace descubrir la presencia de Jesús y transforma la cruz, señal de muerte, en señal de vida y de esperanza. Así, aquello que antes creaba desánimo y ceguera, se vuelve ahora fuerza en el caminar (Lc 24,28-32). El **resultado**: infundir coraje y volver a Jerusalén, donde continuarán activas las fuerzas de muerte que mataron a Jesús, y experimentar la presencia viva del Maestro y de su Espíritu, en la experiencia de la Resurrección (Lc 24,33-35). El **objetivo último** de la Lectio Divina no es interpretar la Biblia, sino interpretar la vida. No es conocer el contenido del Libro Sagrado, sino, ayudado de la Palabra escrita, descubrir, asumir y celebrar la Palabra viva que Dios habla hoy en nuestra vida, en la vida del pueblo, en la realidad del mundo en que vivimos (Sal 95,7); es crecer en la fe y experimentar, cada vez más, que “¡Él está en medio nuestro!”.

La lectura personal y comunitaria de la Biblia

Aun cuando esté haciendo una lectura personal de la Biblia, debo tener presente que estoy leyendo el libro de la comunidad, de la Iglesia. La lectura comunitaria de la Biblia se vuelve realmente comunitaria, si ella es asumida y hecha como lectura personal de quien quiere ser miembro de la comunidad. Así, la lectura personal me hace crecer la conciencia comuni-

taria, y la lectura comunitaria me hace crecer como persona responsable del bien común.

1. Orientación para la lectura personal y diaria de la Biblia

“El Señor me concedió el don de hablar como su discípulo, para que sepa llevar una palabra de consuelo a quien está desanimado. Cada mañana Él me despierta, despierta mi oído, para que lo escuche como un discípulo” (Is 50,4).

Iniciar invocando la luz del Espíritu Santo.

Lectura lenta y atenta del texto.

Momento de silencio interior, recordando lo que se leyó.

Ver bien el sentido de cada frase.

Actualizar y rumiar la Palabra, ligándola a la vida.

Ampliar la visión conectado el texto con otros textos bíblicos.

Leer de nuevo, rezando el texto y respondiendo a Dios.

Formular un compromiso de vida.

Rezar un salmo apropiado.

Escoger una frase, como resumen, para memorizar.

2. Orientación para la lectura orante hecha en grupo

“Jesús se presentó en medio de ellos y dijo: ‘¡La paz esté con ustedes!’. Enseguida se les abrió la mente y pudieron entender la Escritura”. “Entonces, Él les dijo: ‘El Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre les enseñará todo y ustedes recordarán todo lo que yo les dije. Él los conducirá a la verdad plena’” (Lc 24,36.45; Jn 14,26; 16,13).

Acogida, oración

Acogida y breve compartir de las expectativas.

Oración inicial, invocando la luz del Espíritu Santo.

Lectura del texto

Lectura lenta y atenta, seguida de un momento de silencio.

Provocar el silencio para que la Palabra pueda calar en nosotros.

Repetir el texto en grupo, intentando recordar todo lo que se ha leído.

El sentido del texto

Intercambiar impresiones y dudas sobre el sentido del texto.

Si es necesario, leer nuevamente y aclararse mutuamente.

El sentido-para-nosotros

Rumiar el texto y descubrir su sentido actual.

Aplicar el sentido del texto a la situación en que vivimos.

Alargar el sentido, ligándolo con otros textos de la Biblia.

Situar el texto en el Plan de Dios que se realiza en la historia.

Rezar el texto

Leer de nuevo el texto con toda la atención posible.

Momento de silencio para preparar la respuesta a Dios.

Rezar el texto, compartiendo las luces y las fuerzas recibidas.

Contemplar, comprometerse

Expresar el compromiso al que la lectura orante nos llevó.

Resumir todo en una frase para llevar consigo durante el día.

Un salmo

Encontrar un salmo que exprese todo lo que se vivió en el encuentro.

Rezar el salmo para terminar el encuentro.

NOTAS

- 1 Dei Verbum 6
- 2 Cf. Ibid. 2
- 3 Cf. Ibid 2, 14
- 4 H. de Lubac, Exegesis Medieval, I Cuatro sentidos de la Escritura, Paulinas, Roma 1962, pp. 220-221
- 5 Dei Verbum 6
- 6 Cf. Ibid 4
- 7 Cf. Ibid 14
- 8 Cf. Ibid 6
- 9 Cf. Eb. Enchiridion Biblicum 28 y 30. Documenta Ecclesiastica Sacram Sripturam Spectancia, Editio Tercia Aucta et Recognita, Romae, 1954
- 10 Cf. Dei Verbum 4
- 11 Cf. Dei Verbum 2, 3, 4, 15, 16, 17
- 12 Cf. Ibid. 14
- 13 Cf. Ibid 2, 3, 4, 15
- 14 Ibid 16
- 15 Ibid
- 16 Cf. Dei Verbum 15
- 17 Paulo VI, a los profesores de Sagrada Escritura de Italia, Noviembre de 1970
- 18 Cf. Dei Verbum 16
- 19 Para una información más detallada acerca del estado actual de los estudios sobre el Jesús de la historia, ver AGUIRRE R., *Estado actual de los estudios sobre el Jesús histórico después de Bultmann.*, EstBib 54 (1966) 433-463; SEGALLA G., *La "terza ricerca" del Gesù storico: Il rabbi ebreo di Nazaret e il Messia crocifisso.*, StPat 40 (1993), 3 463-511; SCOTT B.B., *From Reimarus to Crossan: Stages in a quest.*, CR:BS 2 (1994) 253-280
- 20 Constitución Dogmática DEI VERBUM, Documentos Pontificios, No. 154, 1966.
- 21 Pontificia Comisión Bíblica, La interpretación de la Biblia en la Iglesia, Documentos Pontificios, No. 260, 1994.
- 22 Juan Pablo II, Alocución a los miembros de la Pontificia Comisión Bíblica, Sobre los métodos usados en la interpretación de la Biblia, 7 de abril de 1989.
- 23 Pontificia Comisión Bíblica, La interpretación de la Biblia en la Iglesia, Documentos Pontificios, No. 260, 1994, pp. 29 a la 65.
- 24 La expresión es de San Agustín. Cf H.de Lubac, Esegese Medievale, I quattro sensi della Scrittura, Ediciones Paulinas, Roma 1962, pp. 220-221.
- 25 Paulo VI, Alocución a los profesores de Sagrada Escritura, *Sobre la obra de la Iglesia para la Interpretación de la Palabra de Dios*, 25 de septiembre de 1970, en: ¿Cómo leer y entender la Biblia hoy?, Textos oficiales de la Iglesia, 1982, p. 12.
- 26 Pio XII, Encíclica Divino Afflante Spiritu, Documentos Pontificios, No. 27, 1964, No. 20, p. 22.
- 27 Paulo VI, ibíd., p.II.
- 28 Paulo VI, Alocución a los miembros de la Pontificia Comisión Bíblica, *Sobre la importancia de los estudios bíblicos*, 14 de marzo de 1974, en: ¿Cómo leer y entender la Biblia hoy, Textos oficiales de la Iglesia?, 1982, p. 15.
- 29 Op. cit. pp.112-113.
- 30 Juan Pablo II, Alocución a los miembros de la Pontificia Comisión Bíblica, , 7 de abril de 1989.